

## DE LA GRAVEDAD A LA GRACIA: EL PRÍNCIPE FELIPE EN ITALIA

ANTONIO ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO

En su relación del viaje del príncipe Felipe desde Barcelona a Bruselas, Juan Cristóbal Calvete de Estrella optó por destacar los aspectos simbólicos y constitucionales del encuentro entre Felipe y las ciudades de los Países Bajos, mientras relegaba a un segundo plano tanto la jornada italiana como el itinerario del príncipe por las tierras germánicas del Sacro Imperio. Durante la redacción del *Felicitísimo viaje* el humanista aragonés residió en Amberes, cultivando sus relaciones con los hombres de letras flamencos. En su obra Calvete justificó el papel secundario otorgado a Italia y Alemania en el periplo del príncipe: «Bien pudiera escribir algo del sitio y fundación d'ella [Génova] y de las ciudades de Milán y Mantua y otras ciudades de Italia y Alemania; pero como ellas sean por sí tan generalmente conocidas, lo dexaré de hazer, ymitando lo que Salustio hizo de Carthago, el qual quiso más callar que dezir poco d'ella; y también porque mi principal intento es hablar de las ciudades y Estados de Flandes, pues para allí es el intento d'este felicíssimo viaje». Así, el humanista interpretó que el periplo europeo de Felipe estaba preferentemente orientado al objetivo político de presentar al heredero ante sus súbditos flamencos, descuidando otros cometidos del viaje, como la sucesión en el imperio y el interés de Carlos V por la educación cortesana y gubernativa del príncipe.

La presencia de Felipe en el norte de Italia suscitaba incógnitas y recelos. Felipe era duque de Milán en virtud de las investiduras imperiales de 1540 y 1546, aunque se había mantenido en secreto la enfeudación del *Stato* lombardo. El príncipe debía pasar por la ciudad de Génova cuando todavía no se habían apagado los ecos de la revuelta de 1547. Los ministros de Carlos V y los potentados italianos especulaban sobre la posibilidad de que Felipe visitase Piacenza, donde apenas un año antes los aliados de los agentes imperiales habían asesinado al duque Pier Luigi Farnese. De Saboya llegaban alarmantes rumores sobre los movimientos de las tropas galas, y el duque de Ferrara se mostraba proclive al entendimiento con el rey de Francia. En Mantua un joven duque intentaba asentarse en el trono, mientras Ottavio Farnese pugnaba por reconstruir en torno a Parma un sistema de poder amenazado por los designios del gobernador del Estado de Milán, Ferrante Gonzaga. En 1547 la correlación de fuerzas existente en Italia se había visto sacudida por numerosas revueltas y conjuras. Carlos V y sus consejeros intentaron restablecer la quietud combinando la negociación con de-

mostraciones de fuerza. Por tanto, la travesía italiana del príncipe tenía que contribuir a recomponer las piezas del mosaico de la península a beneficio de la política imperial. En este sentido, también en Italia el *felicitísimo* estaba revestido de un alcance político. Además, Felipe se presentaba de forma solemne ante una Italia que los Austrias aspiraban a dominar. Miles de ojos escrutaban cada uno de los gestos de quien, con el paso del tiempo, fue considerado el máximo garante de la paz y la quietud de la península. Felipe tenía la obligación política de encarnar el ideal de príncipe cristiano, a la vez que debía demostrar su excelencia en los saberes áulicos. La crianza, la urbanidad y la cortesanía del heredero del emperador fueron puestas a prueba en las ciudades del norte de Italia. A sus veintiún años tenía que acreditar su discreción ante la multitud de nobles procedentes de Mantua, Ferrara, Milán, Nápoles, Florencia, Venecia y Roma. El príncipe español iba a conocer algunas de las cortes en las que se había alumbrado el arquetipo clasicista del cortesano perfecto.

El viaje a Italia se presentaba como un desafío que pondría de manifiesto ante las cortes europeas la capacidad de adaptación tanto de Felipe como de su séquito. La recién creada Casa de Borgoña del príncipe, así como la reducida Casa de Castilla, estaban constreñidas a desenvolverse en un territorio extraño y a veces hostil, cuando los nuevos oficiales creados según la planta borgoñona habían tenido pocos meses para asentarse en el ejercicio de sus competencias<sup>1</sup>. La mayor responsabilidad recaía sobre algunos personajes, como el mayordomo mayor de ambas casas, el duque de Alba, y sobre la pléyade de aposentadores. Las casas debían respaldar el intento del príncipe de salvar la navegación por las cortes italianas obteniendo honor y reputación. La personalidad y la educación de Felipe tenían que permitirle superar los escollos y bajíos que obstaculizaban el periplo. Cada movimiento en público del príncipe era descrito por los embajadores y pretendientes en sus despachos. Una señal equívoca, como por ejemplo distinguir en las cortesías a alguno de los potentados, podía interpretarse como indicio de un política deliberada impulsada por el emperador con miras a alterar los equilibrios territoriales en el norte de Italia. Cada paso, cada palabra de Felipe ante los príncipes era observada y anotada. Dar cuatro pasos al recibir a un potentado durante una audiencia no era lo mismo que dar dos, y los nobles italianos estaban al acecho de cuántas frases intercambiaba el reservado príncipe español con sus interlocutores. Pocos días después de la llegada de Felipe a Génova, el embajador de Mantua Ludovico Strozzi indicaba que «questo principe adesso non si move, non mangia, non beve, ne parla, che non siano notati e scritti per tutto il mondo tutti li atti suoi»<sup>2</sup>. Las precauciones de los consejeros áulicos no podían impedir que la reputación de prin-

<sup>1</sup> Con respecto a la configuración de la Casa de Castilla al servicio del príncipe a principios de 1535, las reformas de esta casa en 1539-1540 (tras la muerte de la emperatriz) y en 1543, durante la primera regencia de Felipe, así como la creación de una casa de Borgoña entre marzo y agosto de 1548 véanse S. FERNÁNDEZ CONTI, capítulo 10, apartado 3 «La organización de la Casa del príncipe Felipe (1535-1546)», y del mismo autor en el capítulo 14, apartado 1 «La introducción de la etiqueta borgoñona y el viaje de 1548-1551», en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.), *La corte de Carlos V, Primera Parte Corte y Gobierno*, vol. II, Madrid, 2000, pp. 97-115 y 209-224.

<sup>2</sup> Carta de Ludovico Strozzi (Génova, 1 de diciembre de 1548). Archivio di Stato di Mantova (en adelante, ASMa), Archivio Gonzaga, 1668.

cipes y potentados quedase puesta en cuestión tan sólo por un desliz, por un gesto espontáneo que quizá no se había podido contener tras horas de fiestas y banquetes. En la vida del cortesano un instante separa el honor del ridículo. El *felicitísimo viaje* de Felipe en Italia permite aproximarse al mundo que latía detrás de los arcos triunfales y de las inscripciones latinas. La jornada del príncipe nos asoma a los valores y las formas de comportamiento imperantes en el universo de la corte.

Entre noviembre de 1548 y enero de 1549 Felipe tuvo la oportunidad de conocer la práctica del poder y las formas de sociabilidad aristocrática imperantes en el norte de Italia. Desde 1529 la nobleza italiana había tenido varias ocasiones de familiarizarse con la persona y el séquito del emperador, y la singladura italiana de su hijo daba cierta continuidad a algo más de una década de periplos imperiales. En junio de 1551 el príncipe atravesó fúgicamente las tierras italianas de regreso a España. Con el paso de los años, Italia se convirtió en uno de los pilares europeos de la monarquía de Felipe II. Sin embargo, durante un siglo y medio ningún rey católico volvió a pisar el suelo italiano. La proximidad física de la dinastía fue posible gracias a los viajes y estancias de reinas recién desposadas, así como de infantes e hijos naturales de los monarcas a los que se confiaron relevantes mandos militares. La ausencia del monarca se quebró de forma traumática en los albores del siglo XVIII, cuando viajaron por Italia dos soberanos que se presentaban como reyes de España, Felipe V de Borbón y Carlos III de Austria.

# 1. EL ARTE DE LA OBSERVACIÓN Y LOS GESTOS DEL PRÍNCIPE

El 13 de enero de 1549, al realizar su entrada solemne en Mantua, Felipe pudo contemplar un soberbio arco triunfal decorado con deidades mitológicas. El séquito del príncipe desfiló ante las figuras efímeras de Argos, Mercurio y del prudente Jano. Argos Panoptes estaba representado con hábito de pastor, «con un cayado en la mano, como los poetas lo fingen, todo lleno de ojos»<sup>3</sup>. Durante el Antiguo Régimen, Argos fue la divinidad álica que simbolizaba uno de los principales saberes de la vida en la corte, el arte de la observación. A lo largo de siglos, la imagen de Argos se reiteró como emblema de las precauciones que se deben adoptar para obtener información en el escenario del poder. En la filosofía cortesana de Baltasar Gracián, Argos aparecía «todo rebutido de ojos de pies a cabeza, y todos suyos y muy despiertos». El dios avisó a los peregrinos que «estos ojos son para brujular quién triunfa, para hacerse hombre, ver quién vale y ha de valer»<sup>4</sup>. El jesuita aragonés advirtió a los héroes modernos la necesidad de ser zahoríes del entendimiento, distinguiendo entre realidad y apariencia para conseguir mirar por dentro de las cosas<sup>5</sup>. En la segunda parte de *El Criticón* (Huesca, 1653) Argos aseguraba a los viajeros que «para poder vivir es menester armarse un hombre de pies a cabeza, no de ojete, sino de ojazos muy despiertos: ojos en las ore-

<sup>3</sup> Así se describe en la relación de Calvete de Estrella.

<sup>4</sup> BALTASAR GRACIÁN, *El Criticón*, segunda parte, crisis primera (ed. Barcelona, 1983, p. 167).

<sup>5</sup> BALTASAR GRACIÁN, *El Discreto*, «Hombre juicioso y notante», ed. A. Egido, Madrid, 1997, pp. 311-312.

jas, para descubrir tanta falsedad y mentira; ojos en las manos, para ver lo que da y mucho más lo que toma; ojos en los brazos, para no abarcar mucho y apretar poco; ojos en la misma lengua, para mirar muchas veces lo que ha de decir una; ojos en el pecho, para ver en qué lo ha de tener; ojos en el corazón, atendiendo a quién le tira o le hace tiro; ojos en los mismos ojos, para mirar cómo miran»<sup>6</sup>. El arte de la observación permite descifrar los gestos y los indicios del estado de ánimo del resto de los cortesanos. Durante el *felicitísimo viaje* la conducta y los movimientos del príncipe fueron examinados por miles de ojos, que deseaban conocer el carácter y las intenciones de Felipe con el fin de adelantar sus negociaciones y de tomar la medida a la personalidad del heredero del emperador. El *felicitísimo* suponía la presentación del príncipe ante la opinión de la sociedad política europea. Aunque Felipe se encontró con la estatua de Argos en Mantua, la deidad cubierta de ojos ya le acompañaba desde que entró en Génova, y continuó en su séquito por las tierras alemanas y los Países Bajos.

Pocos días después de que el príncipe desembarcase en Génova, los diplomáticos y pretendientes que llevaban semanas esperando su llegada en territorio liguor redactaron sus primeras semblanzas del hijo de Carlos V. Annibale Litolfi era el enviado de los regentes del ducado de Mantua y estaba destinado en Milán, en la corte del gobernador Ferrante Gonzaga. Con ocasión de las nuevas del inminente arribo del príncipe a Italia, Litolfi se había trasladado a la república de Génova, donde tuvo que esperar con paciencia la aparición de Felipe, retrasada a causa del estado desasosegado de la mar. El 27 de noviembre de 1548 Litolfi escribió a las autoridades de Mantua para satisfacer su interés por conocer «qualche principale qualità, o affetto del Sermo. Principe». En pocas semanas Mantua debía acoger al heredero del emperador, y en la corte padana se deseaba obtener una información más precisa sobre un príncipe que parecía destinado a asumir un papel decisivo en la política italiana y europea, afectando a los intereses de los Gonzaga. El enviado Litolfi ofreció al castellano de Mantua algunas noticias sobre el carácter de Felipe. «Le dirò quel tanto che in somma se ne racconta per i pratici di quella corte, et è questo, che S. Altezzza sopra ogni cosa si diletta d'armeggiar, di givocar, massimamente a Primera, di veder danzar talhora, di cazza anche qualche Fiata, et di Comedie più di quel che si possa imaginar. La natura sua si è di parlar pochissimo et di udir piacevolezze da rider. Poi serva in privato et in publico una suprema gravità»<sup>7</sup>. La equitación, la caza, la danza y los juegos caballerescos habían formado parte de la educación del príncipe durante su infancia y su mocedad. También en aquellos años Felipe mostró su predilección por los bufones y hombres de placer, como el *Turquillo* y Perico, hasta el punto que Carlos V le reconvinó su amistad con truhanes y alejó a algunos de ellos del entorno de su hijo<sup>8</sup>. Du-

<sup>6</sup> BALTASAR GRACIÁN, *El Criticón*, segunda parte, crisis primera (ed. Barcelona, 1983, p. 169).

<sup>7</sup> Annibale Litolfi al castellano de Mantua; Sestre, 27 de noviembre de 1548. ASMa, AG, 1668. Un fragmento de este párrafo lo citó F. NICOLINI en su artículo «Sul viaggio di Filippo d'Absburgo in Italia (1548-49)», *Bollettino del Archivio Storico del Banco di Napoli*, 1955, fasc. IX-X, p. 17, nota 4.

<sup>8</sup> Sobre la educación del príncipe y sus aficiones véase J. L. SÁNCHEZ-MOLERO, *El aprendizaje cortesano de Felipe II (1527-1546)*, Madrid, 1999, pp. 94-110, donde se hace referencia a los primeros bufones de Felipe. Sobre la formación del príncipe, véanse otros artículos del mismo autor: «Felipe II, *Princeps*

rante los días que permaneció en Génova, Felipe pudo satisfacer su afición a los naipes, realizando elevadas apuestas en el juego de *primera*<sup>9</sup>. Ferrante Gonzaga ya debía conocer la inclinación del príncipe a las comedias y a los torneos, por lo que la estancia en Milán de Felipe se repartió entre representaciones teatrales y juegos de simulacro de guerra. Los regentes de Mantua se preocuparon de que el príncipe pudiese disfrutar del ejercicio venatorio en la campiña padana. Desde su desembarco en Génova se difundió por las cortes italianas la imagen de un príncipe taciturno, poco proclive a cultivar otro de los saberes áulicos por excelencia, el arte de la conversación. A juicio de los embajadores, la gravedad de Felipe no era una mera representación de la majestad, sino un rasgo de su carácter que le impedía relajar esa gravedad incluso en la esfera privada, ante sus criados domésticos.

El 4 de diciembre de 1548 el enviado Litolfi consideró oportuno ampliar los datos que ofreció a sus superiores sobre el hijo del emperador, añadiendo una descripción de su aspecto físico vinculando éste a algunos rasgos de su personalidad. El enviado mantuano comenzaba equivocando su edad, para luego añadir un retrato en el que coincidían numerosos cortesanos que conocieron al príncipe en Génova. «L'età è di XXIII. anni, et la statura è più tosto picciola, che mezana, ma la vien'ad aiutarsi alquanto colla persona che porta diritta et colla faccia che stende in alto tanto nell'andar, quanto nel seder. Il Pelo hà del biondo et la carne più tosto color di pallidezza che di bianchezza, hà bellissima mano, gli occhi piccioli, ma per habito gli aggrandisce nel volgerli, i supercigli assai grandi, et quasi congiunt l'uno coll'altro, et le labra grosse colle mascelle larghe, secon che par hereditario nella Casa d'Austria, et in fatti riesce molto me-

*Hispaniarum*: la castellanización de un príncipe Habsburgo (1527-1547)», *Manuscripts*, 16, 1998, pp. 65-85; e id., «El príncipe Juan de Trastámara, un *exemplum vitae* para Felipe II en su infancia y juventud», *Hispania*, 203, 1999, pp. 871-896. De la predilección del joven Felipe por la caza con ballesta y de sus hábitos culinarios ya había dado cuenta G. PARKER, *Felipe II*, Madrid, 1985 (ed. orig. en inglés, 1978), pp. 27 y 30. Con respecto a la inclinación del rey hacia los hombres de placer véase también F. BOUZA, *Locos, enanos y hombres de placer en la corte de los Austrias*, Madrid, 1991, pp. 74-82, donde se alude a los dos Pericos, Percejo y Perico de Santervás. Durante el viaje de regreso por Italia en junio de 1551, en la relación de los criados destinados a la galera del príncipe figuraba *Periquín*, junto a servidores tan influyentes como Antonio de Toledo, Antonio de Rojas y Ruy Gómez de Silva, entre otros (AGS, Estado, leg. 1198, n.º 173).

<sup>9</sup> El cronista ALONSO DE SANTA CRUZ indicó que durante la estancia del príncipe en el palacio de Andrea Doria en Fasolo tuvo lugar «un juego de primera que no se podía sacar menos de 300 escudos de resto, y no se podía envidiar ni tener menos de 40 escudos, y hubo persona de los que jugaron que ganó 15.000 escudos», *Crónica del emperador Carlos V*, tomo V, Madrid, 1925, octava parte, cap. XXVII, p. 240. Los juegos de cartas constituían una excelente oportunidad para que el príncipe demostrase su indiferencia ante los avatares de la fortuna. Precisamente, el virrey de Sicilia Juan de Vega había tratado esta cuestión en las instrucciones que escribió en 1548 para su hijo Hernando quien debía acompañar al príncipe en su periplo europeo. Juan de Vega advirtió que sólo se debía jugar a los naipes cuando jugaba el príncipe, pero sin mostrar tener en nada el ganar y perder, para acreditar un ánimo noble y liberal (BNMa, ms. 954, ff. 35-57). En cambio, Juan de Idiáquez en sus advertencias a su hijo Alonso al emprender éste su jornada a Flandes en 1587 le conminó a que no jugase a las cartas, ya que en tales ocasiones se tenía que tratar con personas desiguales en rango, dando ocasión a consumir la hacienda, faltar a la palabra dada y siendo causa de porfías y de juramentos («Advertimientos de don Juan Idiáquez a su hijo don Alonso», Biblioteca Apostólica Vaticana, Vat. Lat., 7750). Las descripciones de la vida cotidiana en la corte de Felipe II, tras el regreso del rey de los Países Bajos en 1559, ponen de manifiesto la práctica habitual de jugar a los naipes y dados en los palacios de la alta nobleza, así como del juego de la pelota, realizándose elevadas apuestas. Véase por ejemplo algunos pasajes de la *Vita del Principe Andrea Doria scritta da lui medesimo incompleta*, ed. V. Borghesi, Génova, 1997, p. 131.

glio con tutta la persona, che a considerarla di parte in parte»<sup>10</sup>. Los mil ojos de Argos tienen que escudriñar hasta la forma de las cejas o de las manos, distinguiendo si el color del rostro se podía describir como blancura o más bien como palidez. La mirada del príncipe comenzaba a adquirir la capacidad de sorprender e impresionar a los interlocutores, que llegaría a perfeccionar con el paso de los años hasta conseguir en algunas ocasiones suspender el ánimo de los negociantes al inicio de las audiencias<sup>11</sup>.

El afán por conseguir información sobre el príncipe por parte de los embajadores se extendía a cualquier faceta de su vida cotidiana. La ceremonia de la comida era uno de los momentos más destacados en el transcurrir diario de la etiqueta borgoñona. El modo de servir la mesa y la forma de presentar las viandas a la flamenca había originado una viva polémica en España a partir de 1517, cuando el nuevo estilo iniciado en tierras hispanas por Felipe el Hermoso en 1502 y 1506 se había consolidado gracias a la elevación al trono de Carlos de Gante. Las Comunidades habían intentado reducir el gasto de la mesa del rey e impedir que se afianzase el modelo borgoñón de casa. Diversos moralistas censuraron los excesos en el modo de banquetear a la flamenca, que se estaba extendiendo entre la aristocracia hispana<sup>12</sup>. A partir de agosto de 1548 la forma de servir la mesa a la borgoñona se implantó de manera definitiva en la Casa del príncipe. De hecho, la nueva Casa de Borgoña comenzó su andadura con la ceremonia de una comida en público del príncipe. El enviado mantuano Annibale Litolfi tenía el máximo

<sup>10</sup> Carta de Annibale Litolfi (Génova, 4 de diciembre de 1548). ASMa, Archivio Gonzaga, 1668.

<sup>11</sup> Entre los testimonios más sinceros de la confusión ante la presencia del joven rey se puede recoger el que relató el príncipe Giovanni Andrea Doria en sus fragmentarias memorias. En 1561 el príncipe Giovanni Andrea fue introducido, como en otras ocasiones, a la presencia del rey por su patrón cortesano Ruy Gómez: «conducentomi Riogomez, arrivai dove era Sua Maestà, et in vedendolo, posso dir con verità che mi si scordò tutto quello pensai potere e sapere dire, turbandomi in modo che breve e confuso fu quello che potei esplicare». «Né si maravigli nessuno che mi succedesse questo, perché a molti di più età e di maggior servitij è successo il medesimo, che in arrivando alla presenza di quello gran Re, non si solendo turbare in molte occasioni dove andava l'honore e la vita, restavano confusi» (*Vita del Principe Giovanni Andrea Doria scritta da lui medesimo...*, op. cit., p. 128). Entre los ejemplos clásicos y tardíos de suspensión de ánimo en presencia del monarca maduro se puede recordar la anécdota evocada en uno de los sermones más célebres dedicados a honrar la memoria del difunto rey prudente, junto al declamado por fray Alonso de Cabrera. El 19 de octubre de 1598 el predicador real Francisco Terrones pronunció el sermón en las honras fúnebres celebradas en la iglesia de San Jerónimo el Real. Entre los temas considerados, el predicador andaluz ensalzó la capacidad del monarca para ser al mismo tiempo amoroso y severo. «Preguntad a sus más familiares privados cuándo jamás les dio ocasión a que pudiesen perder un punto de temor y reverencia a su Majestad. Con un mirar torcido metió a algunos en las sepulturas. Cuántos grandes letrados, cuántos valerosos capitanes, hartos de alancear enemigos; cuántos resabidos ingenios (que acá temblábamos de oírlos hablar), llevando los razonamientos muy decorados para decirle, en viendo a Su Majestad se turbaron, temblaron y enmudecieron. Cinco años había hecho que le predicaba cierto predicador, y un segundo domingo de Cuaresma, en Aranjuez, acabada su salutación, queriendo comenzar su sermón, le miró de hito en hito, y se turbó de manera que del todo se le olvidó el sermón. Y lo que entonces creistes que fue vaguido de cabeza, la verdad es que fue temblor de corazón de ver tan extrema severidad. Y fue forzoso hundirse en el púlpito y cobrar aliento con que volvió a su memoria y predicó, que de espanto no había podido» (FRANCISCO TERRONES DEL CAÑO, *Instrucción de predicadores*, ed. Félix G. Olmedo, Madrid, 1960, pp. XLII-XLIII). Así, según el predicador la severidad y el mirar torcido del monarca podía llegar a provocar el colapso físico de sus interlocutores y llevarlos a la tumba. Sobre la turbación ante el monarca y la mirada del rey dentro del diseño de la imagen de la majestad de Felipe II remitido a F. Bouza Álvarez, «La majestad de Felipe II. Construcción del mito real», en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.), *La corte de Felipe II*, Madrid, 1994, pp. 46-48.

<sup>12</sup> Con respecto a la controversia política en torno al comer a la borgoñona y el ceremonial de servir la mesa remitido a A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, «Introducción» a la tercera parte *Los servidores de las Casas Reales*, coordinada por S. FERNÁNDEZ CONTI, vol. IV de la obra dirigida por J. MARTÍNEZ MILLÁN, *La Corte de Carlos V*, Madrid, 2000, pp. 7-17.

interés en describir el modo de comer del heredero de Carlos V. Dos días después del desembarco en Génova, Litolfi acompañó a Ferrante Gonzaga al palacio y se encontraron con que el príncipe estaba comiendo. Durante la espera, el enviado observó la forma de comer y los manjares que degustaba Felipe. Litolfi indicó a las autoridades de Mantua que «la non mangia se non Galline, Castrati et carni grosse. Mi son'informato se questo è l'ordinario, mi han'afferma di si anzi di più. Che non mangia frutta di sorte alcuna ne pesce. Ella sedeva sotto el Dosello alla regale, et a man dritta vi stava in piedi appostato al muro il suo Mro. di casa, alla sinistra un Prelato, il qual cedette il luogo al sr. D. Ferrante», a quien el príncipe permitió que se cubriese la cabeza, reconociéndole el tratamiento reservado a grandes y príncipes<sup>13</sup>. El protagonismo de la carne en la dieta de Felipe, en parte heredado de las aficiones culinarias de su padre, se había reforzado a partir de 1535, debido a una intoxicación que tuvo lugar tras comer pescado en mal estado. Las bulas pontificias permitían al príncipe seguir comiendo carne los viernes, sábados y en Semana Santa<sup>14</sup>. El modo de servir la mesa que describe el enviado mantuano era el prescrito por el ceremonial borgoñón, que desde agosto de 1548 había desplazado a la organización doméstica «a la manera de Castilla» que tuvo el príncipe desde que se le puso Casa propia a principios de 1535<sup>15</sup>. De hecho, la nueva casa borgoñona se inauguró el 15 de agosto de 1548 con el ritual de la comida, como relata fray Prudencio de Sandoval: «Hízose este día el servicio de plato con reyes de armas vestidos de cotas reales y mazas, con real ceremonia y aparato»<sup>16</sup>. Al tener que presentar al príncipe ante las cortes europeas, Carlos V eligió la etiqueta borgoñona como fórmula más adecuada para ensalzar la majestad. Durante el mes que duró la navegación en las galeras, el desorden en el ceremonial y en el servicio de la casa se extendió al ritual de la comida. El príncipe comía y cenaba cuándo y cómo podía, y el movimiento de las galeras impedía la habitual exhibición de viandas propias del banquete a la flamenca<sup>17</sup>. Por

<sup>13</sup> Carta de Annibale Litolfi (Génova, 27 de noviembre de 1548). ASMa, Archivio Gonzaga, 1668.

<sup>14</sup> Cfr. J. L. SÁNCHEZ-MOLERO, *op. cit.*, pp. 116-118.

<sup>15</sup> La creación de la Casa de Borgoña del príncipe supuso la supresión de los oficios de mesa (maestresalas, reposteros y trinchantes) de la casa de Castilla, aunque numerosos criados que desempeñaban estos cargos pasaron a la casa de Borgoña obteniendo un incremento en su retribución. Véase al respecto S. FERNÁNDEZ CONTI, cap. 14.1 citado, *op. cit.*, p. 212. Por tanto, en adelante se impuso de forma definitiva la forma de servir la mesa a la borgoñona, si bien con las modificaciones que se habían ido introduciendo durante el reinado de Carlos V. De hecho, existen indicios sobre un cierto paralelismo en algunas ceremonias de la comida real entre la fórmula denominada *a la manera de Castilla* de la primera mitad del siglo XVI y el ritual evolucionado de la etiqueta de Borgoña.

<sup>16</sup> Fray PRUDENCIO DE SANDOVAL, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, v. III, ed. C. Seco Serrano, Madrid, 1956, libro treinta, p. 337. Sandoval copia en este párrafo la relación de Calvete de Estrella (libro primero, p. 3), aunque introduce errores como sustituir *maceros* por *mazas*. En su biografía clásica sobre Felipe II, Ludwig Pfandl otorgó especial relevancia a la descripción de este día dentro de sus reflexiones pioneras sobre el carácter simbólico y las implicaciones políticas de la introducción del ceremonial borgoñón en el entorno del príncipe en 1548 (L. Pfandl, *Felipe II. Bosquejo de una vida y de una época*, Madrid, 1942 —ed. orig. en alemán, 1938—, p. 171 y, en general, cap. VIII).

<sup>17</sup> El panadero VICENTE ÁLVAREZ relata cómo el príncipe aprovechaba la cercanía de la costa para «comer en tierra» cuando podía. «Y muchos días estuvo sin comer hasta bien tarde que salía en tierra y comía y cenava todo junto» (VICENTE ÁLVAREZ, *Relación del camino y buen viaje que hizo el príncipe de España don Phelipe*). Los dos días que Felipe comió en Savona, en casa de Benedetta Spinola, permitieron comenzar a regularizar el ceremonial de la mesa e iniciar el recibimiento de visitas de aristócratas italianos. Sobre las penurias del comer durante una navegación en galera véase ANTONIO DE GUEVARA, *Arte de Marrear*, ed. A. Rallo, Madrid, 1984, cap. V, pp. 338-339.

ello, el desembarco en Génova implicó un particular énfasis en recobrar la solemnidad de las comidas, que en los siguientes meses debía acreditarse ante los príncipes italianos y germánicos y las aristocracias europeas. Así, la colocación de un dosel en una de las primeras comidas de Felipe en Génova pone de manifiesto el afán de los jefes de la casa por sublimar la adoración ritual del príncipe característica del modo de servir la mesa a la borgoñona, dado que el dosel no era un elemento prescrito por la etiqueta. En Milán, Ferrante Gonzaga se preocupó de que en su palacio se colocase un dosel sobre la mesa donde debía cenar el príncipe el 1 de enero de 1549<sup>18</sup>.

Durante la primera semana de la estancia de Felipe en Génova se escribieron numerosas semblanzas y descripciones del príncipe español, en las que se censuraban algunos rasgos de su carácter. Junto al residente Litolfi, los regentes del ducado de Mantua enviaron a Génova a un embajador que asumiera el papel más honorífico de dar la bienvenida al príncipe. Para esta misión se eligió al caballero Ludovico Strozzi. El día después del desembarco en Génova, Strozzi ofreció al cardenal Gonzaga un primer retrato de Felipe: «La statura del corpo è picciola più tosto che mediocre, ma di assai buona dispositione, il viso è bianco, è di pel rosso, con un poco di mento paterno, camina e riceve chi gli parla con molta severità e riputatione, tanto che da ognuno che non sia spagnolo non più stato in Italia ne viene biasimato: intendo che mostra di voler' essere liberale et che gioca volentieri: questo è quanto per hora posso saperne per informatione d'altri, diche si chiariremo meglio con un poco di tempo; che a dir il vero sua altezza nova in questo paese tanto diverso nei costumi dal suo nativo merita escusatione in questi principij: se poi si vedrà che vaddi migliorando»<sup>19</sup>. Las referencias a la estatura y al ademán del cuerpo, así como al color del rostro y del cabello, se pueden vincular con la vulgarización de la fisionomía en los círculos áulicos. En 1535 el médico Andrés Laguna había traducido la obra pseudoaristotélica *De physiognomicis*. Los humanistas habían demostrado un notable interés por las aportaciones de los autores clásicos y árabes a los conocimientos fisionómicos. La filosofía hermética abrazó los principios fisionómicos como se pone de relieve en los tratados del boloñés Bartolomeo della Rocca, quien publicó sus escritos a principios del siglo XVI<sup>20</sup>. Entre los tratadistas sobre el mundo de la corte, Baldassare Castiglione insistió en la conveniencia de combinar la buena disposición del cuerpo con cierta gracia en el rostro, a fin de que el cortesano «haga luego a la primera vista parecer bien y ser de todos amado»<sup>21</sup>. En sus *Epístolas familiares* (Valladolid, 1539) Antonio de Guevara asociaba el tamaño del cuerpo y las formas del rostro con la teoría hipocrática de los humores, deduciendo los rasgos de la personalidad de los aristócratas que fre-

<sup>18</sup> VICENTE ÁLVAREZ, *Relación del camino y buen viaje...*, op. cit., ver cap. «La entrada en Milán (...)».

<sup>19</sup> Ludovico Strozzi al cardenal Gonzaga; Génova, 26 de noviembre de 1548. ASMa, Archivio Gonzaga, 1668.

<sup>20</sup> Una perspectiva de la fisionomía y de las aportaciones de autores como GEROLAMO CARDANO y GIAN BATTISTA PORTA (vinculados a las cortes provinciales de Milán y de Nápoles), en J. CARO BAROJA, *La cara, espejo del alma. Historia de la fisiognómica*, Barcelona, 1987.

<sup>21</sup> BALDASSARE CASTIGLIONE, *El cortesano*, ed. M. Pozzi según la traducción de Boscán, Madrid, 1994, libro primero, p. 125, donde se equipara el buen *sango* que debe aparentar el cortesano con un humor amable que le otorga un aspecto agradable.



cuentaban la corte de la emperatriz Isabel<sup>22</sup>. Entre los tópicos que se reiteraron durante siglos en los tratados de la fisionomía, figuraba la consideración de que el cabello rojo era un indicio de que la persona «apetecerá honras, y las glorias vanas». En su retrato de Felipe, el embajador Strozzi detallaba su forma severa de andar y de moverse. También existía una interpretación fisionómica del modo de pasear, según la cual «los passos compuestos, y mesurados [significan] hombre ambicioso, presuntuoso, casado con su parecer»<sup>23</sup>. Las nociones sobre la fisionomía áulica contribuyeron a reforzar la imagen de un príncipe ambicioso, deseoso de honras y de mandar, que decidió a los enviados de Mantua a instar a los gobernantes del ducado a que preparasen una entrada solemne de Felipe en la ciudad padana, con la suprema distinción del baldaquino. En la carta de Strozzi también se indica la afición de Felipe a los juegos de cartas, noticia que se difundió por las cortes italianas como un indicio significativo de su forma de ser. Pero más allá de las diversiones del príncipe, en los despachos se reiteraban con creciente insistencia las alusiones a su severidad en las audiencias y en los encuentros con los expectantes cortesanos que habían acudido a recibirle desde todos los rincones de Italia. El talante de Felipe fue *biasmato* por sus interlocutores, quienes censuraron una gravedad excesiva y desproporcionada a las circunstancias y que provocaba hostilidad y reprobación en vez de contribuir a ensalzar la reputación y la majestad del príncipe.

La adaptación al entorno era uno de los principales requisitos que se exigían al cortesano. La regla universal de la discreción consiste en saber acomodarse al modo y costumbre de la tierra donde se vive<sup>24</sup>. El embajador Strozzi expresó su esperanza de que el príncipe lograra atemperar su excesiva severidad, y aclimatarse a las costumbres imperantes en las cortes italianas. Ferrante Gonzaga se encargó de introducir a Strozzi ante la presencia de Felipe. El embajador le dio los parabienes por su arribo a Italia, y le comunicó el deseo del cardenal Gonzaga y de la duquesa Margherita Paleologo de que visitase, como estaba previsto, la ciudad de Mantua para «vedere e riconoscer per suo quel stato di Mantova: e pigliarne il possesso, si come haveva fatto più volte la *maestà* del *Imperatore*». Felipe respondió agradeciendo el afecto demostrado por los duques de Mantua en el servicio a su padre. El embajador describió a sus superiores la escena de la breve audiencia, y se extendió a reflexionar sobre la personalidad del príncipe. En su carta Strozzi reconoció que apenas había podido entender las palabras del príncipe, ya que «questo disse secondo il costume suo cosi piano, ch'io intesi quasi il più delle parole al moto dei labri che al suono della voce, accompagnando però con un poco di riso paterno, col quale si vede che presume di far

<sup>22</sup> En la epístola XIII incluso Guevara aplica estos saberes a la emperatriz y «si no me engaña su filosofía, es la Emperatriz de muy buena condición y de flaca complisión». Una versión de esta carta en *Epistolario Española*, I, ed. E. de Ochoa, tomo XIII de la Biblioteca de Autores Españoles, ed. Madrid, 1945, p. 97.

<sup>23</sup> Recogemos estos tópicos de la fisionomía de un tratado tardío, el escrito por el doctor ESTEBAN PUJASOL, titulado *El Sol solo, y para todos Sol, de la Filosofía Sagaz, y Anatomía de Ingenios*, Barcelona, 1637 (reeditado en Madrid, 1980, pp. 28 y 99).

<sup>24</sup> Sobre el concepto de la discreción en la corte de Felipe II remito a mi artículo «La discreción del cortesano», *Edad de Oro*, XVIII, 1999, pp. 9-45.

favore: io replicai poche parole et mi licentiai, essendomi chiarito prima che sua Altezza è amica della brevità, e serva maggior Maestà e grandezza di padre; la qual cosa si attribuisce alla educatione et alla longa indispositione sua passata, per la quale non gli è stato concesso il poter praticar molto: è però si spera che fra poco tempo con il buon ingegno che sua Altezza dimostra, e con la disciplina del padre debba far bonissima riuscita: e già si conosce che ogni dì va guadagnando qualche cosa: perche l'altrieri al vespro e hiermattina alla missa, che si cantarono solemmnissimamente nel pallazzo medesimo dove habita per la festa di santo Andrea e del ordine del Tosone, s'intertenne più del solito con li dttro. Reverendisimi che gli fecero compagnia: et si conobbe chiaramente che faceva violentia alla natura sua: la quale certamente se continuasse in quella austerità e severità che tanto gli è propria, sarebbe troppo odiosa»<sup>25</sup>. También existía una fisionomía de la voz, pero el embajador insinuaba que la costumbre del príncipe de hablar en tono muy bajo era otro de los recursos con los que pensaba representar majestad y grandeza. Su carácter reservado y su permanente deseo de abreviar las audiencias causaban una impresión desfavorable entre unos cortesanos que estaban habituados a destacar en el arte de la conversación. A sus veintiún años, Felipe demostraba torpeza y rigidez al interpretar su papel como príncipe. Los observadores atribuyeron tales carencias a su educación y a la falta de experiencia en desenvolverse en cortes con costumbres distintas. El intento de ensalzar la majestad a través de la mesura y de la gravedad de los gestos del príncipe fracasaba, degenerando en afectación. Así, la imitación del padre en la forma de reír o sonreír no producía el efecto buscado de agradar al interlocutor, quien se limitaba a constatar que con semejante mueca «si vede che presume di far favore». El intento estaba claramente dissociado de la consecuencia de la acción. De modo que incluso en el momento de dibujar este *riso paterno* Felipe no actuaba con garbo y desenvoltura. En el universo de la corte, había modos y preceptos para saber reír y sonreír con decoro y afabilidad<sup>26</sup>.

Ya durante los últimos días del mes de noviembre la corte de Felipe en Génova comenzó a evaluar la apreciación desfavorable que estaba suscitando entre la nobleza italiana la forma de comportarse del príncipe. La percepción de la frialdad del entorno llegó hasta los criados más cercanos a Felipe y provocó un tímido intento de corregir el curso de los acontecimientos. Así, los días 29 y 30 de noviembre de 1548 el príncipe se preocupó de mostrarse más afable con los prelados que le acompañaban a misa, en particular con los cardenales Madruzzo, Bovadilla, Cibo y Doria. Pero de nuevo se reparó en la falta de despejo y soltura de Felipe al realizar aquel gesto, puesto que «si conobbe chiaramente che faceva violentia alla natura sua». Los cortesanos comenzaron a abrazar la opinión de que la severidad en los ademanes del príncipe no obedecía a motivos coyunturales, como el cansancio o el encontrarse en un país extraño, sino que eran la expresión de su personalidad. En tal caso, la austeridad de Felipe pasaría a ser considerada *demasiado odiosa* en Italia. Durante doce días el príncipe no salió del palacio de los Doria en Fassolo, donde comía y recibía las audiencias. Aunque se ale-

<sup>25</sup> Carta de Ludovico Strozzi (Génova, 1 de diciembre de 1548). ASMa, Archivio Gonzaga, 1668.

<sup>26</sup> Con respecto al saber reír y sonreír en el siglo XVI véase una perspectiva general en D. MÉNAGER, *La Renaissance et le rire*, Paris, 1995, pp. 149-222.

gasen varios motivos para justificar este retiro, desde el restablecimiento de las cabalgaduras y la reorganización de la recámara hasta la preparación de la entrada solemne por las autoridades ligures, lo cierto es que la dificultad de ver al hijo del emperador causaba una pobre impresión entre los pretendientes, negociantes y curiosos en general. El palacio de los Doria se metamorfoseaba en una jaula dorada donde se refugiaba el príncipe taciturno, o en un laberinto del que no parecía querer salir, ante el estupor de la expectante opinión italiana. El ambiente se fue enrareciendo aún más tras los tumultos populares que tuvieron lugar en Génova el día 6 de diciembre de 1548, de los que resultaron muertos varios españoles del séquito del príncipe. Los Doria y los Centurione lograron apaciguar los ánimos y aquietar las alteraciones. La oligarquía genovesa dispuso que se finalizasen los arcos triunfales y la arquitectura efímera para permitir la realización de una entrada que debía sellar la reconciliación entre la ciudad y la corte del príncipe español. El gobierno urbano deseaba poner de manifiesto que la fractura provocada tras la revuelta de los Fieschi estaba definitivamente cerrada, y que contaba con el consenso del pueblo para aclamar al hijo de Carlos V. Todo estaba preparado para que el recorrido de Felipe por la ciudad fuese un éxito. Pero falló la propia conducta del príncipe y la entrada solemne apenas satisfizo a ninguna de las partes implicadas. La gravedad y rigidez que había demostrado Felipe en las audiencias en el palacio Doria salió a la luz pública, ante los ojos de miles de genoveses e italianos. El descontento y la irritación resultantes obligaron a replantear el diseño de una jornada que, apenas comenzada, distaba mucho de ser *felicísima*.

## 2. DE LA GRAVEDAD A LA GRACIA

Como ya había indicado el embajador Strozzi, los últimos días de noviembre el príncipe intentó adoptar una conducta más afable, al menos ante los prelados que le agasajaban en el palacio Doria. El cardenal Cristoforo Madruzzo, príncipe-obispo de Trento, trató de colaborar con las tentativas de Felipe de presentar una imagen más grata. Madruzzo sostuvo ante los cortesanos que el príncipe se mostraba más accesible en privado, cuando estaba retirado en su cámara. Pero la circulación de este benévolo rumor era limitada, ya que entre los italianos empezaba a asentarse la idea de que la gravedad de Felipe era inducida por sus criados principales y por los miembros más destacados del séquito hispano. Así, el carácter reservado del príncipe se podía interpretar como la garantía que buscaban los nobles hispanos de controlar a la persona regia, sin permitir que otros nobles y personas forasteras pudiesen franquear esa esfera de intimidad, cuyos límites Felipe preservaba con tanto celo. La brevedad de las audiencias era sancionada por los criados de la cámara que recordaban con un gesto al visitante que la entrevista con el príncipe había concluido después de que transcurriesen pocos minutos<sup>27</sup>. Sólo

<sup>27</sup> Una vez que Felipe II ya era rey, sirva como ejemplo una de las audiencias del príncipe Giovanni Andrea Doria en 1561 que se dio por concluida al poco tiempo «*facendomi segno Ruy Gomez che me ne andassi*» (*Vita del Principe Andrea Doria scritta da lui medesimo...*, op. cit., p. 124). El sumiller de corps, de acuerdo con las indicaciones del monarca y el carácter de la audiencia, se aseguraba de que los negociantes y cortesanos no importunasen más tiempo del preciso a un rey acostumbrado a la brevedad de las audiencias.

los mayordomos, chambelanes y los gentileshombres, así como otros criados de la cámara de la casa de Borgoña, tenían un acceso continuado y diario a Felipe mientras permaneció encerrado durante trece días en el palacio Doria en Fassolo. La etiqueta separaba al príncipe de los nobles italianos, a la vez que le dejaba en manos de la aristocracia hispana que le servía desde que se levantaba hasta que se acostaba. Las casas del príncipe podían llegar a convertirse en un filtro que mediatizaba el intento de acercarse a Felipe iniciado por parte de algunos de sus futuros súbditos italianos. Una vez superado el trauma constitucional de las Comunidades mediante la educación española del príncipe, ¿no había decidido Carlos V que su hijo fuera conocido y *amado* por los vasallos italianos y flamencos? Parece significativo que la atribución de la gravedad de Felipe a los manejos de su séquito español se gestase en el entorno de Ferrante Gonzaga, gobernador del Estado de Milán. Desde su estancia en los reinos españoles entre 1523 y 1526, Ferrante se había familiarizado con los usos de la corte imperial y con las costumbres de la aristocracia hispana<sup>28</sup>. Gonzaga había acompañado al emperador en varias campañas y Carlos V le había confiado los puestos supremos del gobierno en Italia. Tanto Ferrante como el cardenal Madruzzo podían tratar de aprovechar su cercanía al príncipe durante el periodo inicial del viaje para granjearse el favor de Felipe. Gonzaga y Madruzzo se esforzaron en agradar al príncipe, movilizando recursos para organizar costosas diversiones. El enviado de Mantua Annibale Litolfi, que tantas veces había acompañado en Milán y por tierras ligures a Ferrante y a sus hombres de confianza como Fanzino, Gosellini y Giovanni Maona, fue quien se hizo eco de los intentos hispanos de mantener el control sobre la persona del príncipe. El 1 de diciembre de 1548 Litolfi escribió desde Génova: «Hier mattina fui alla Messa solenne di Su Altezza, che si cantò in casa del sr. Principe Doria et nell'uscir parve che ella facesse pur' al quanto il galante con parlar dieci parole al Reverendissimo di Trento et Coria, che le erano a canto, cosa che fu notata per inusitata, et nondimeno esso di Trento dice che molte volte in privato fa il domestico, sia come si voglia. Questi suoi collateralí a tutto poter cercano di mantener Su Altezza en su siego»<sup>29</sup>. Desde esta perspectiva, la gravedad y el sosiego que hacían antipático a Felipe ante los ojos de los italianos eran resultado de una estrategia consciente diseñada por los nobles hispanos que copaban la casa de Borgoña. Los criados pretendían asegurarse la privanza y la canalización del patronazgo gracias a las posibilidades de distanciar al príncipe que ofrecía tanto la etiqueta borgoñona como el propio carácter introvertido de Felipe.

Semejante planteamiento tenía sólidos fundamentos. Años después, Ferrante Gonzaga sucumbió ante la hostilidad de los cortesanos españoles cuando en los palacios de Londres y Bruselas se barajó su candidatura al puesto supremo de mayordomo mayor de las casas del rey en 1555<sup>30</sup>. Con todo, el viaje iniciado en 1548 ponía a prueba

<sup>28</sup> Véase al respecto la correspondencia publicada por R. TAMALIO, *Ferrante Gonzaga alla corte spagnola di Carlo V nel carteggio privato con Mantova (1523-1526)*, Mantua, 1991.

<sup>29</sup> Carta de Annibale Litolfi (Génova, 1 de diciembre de 1548). ASMA, Archivio Gonzaga, 1668.

<sup>30</sup> Sobre este episodio y la problemática del desequilibrio de las naciones en el entorno de Felipe véanse las reflexiones del secretario GIULIANO GOSELLINI en *Vita di Ferrando Gonzaga principe di Molfetta*, (Milán, 1574) —obra por cierto dedicada a Felipe II—, reed. Pisa, 1821, p. 275.

la capacidad de los criados de asegurar que la privanza se configurase en el entorno de los puestos supremos de la casa de Borgoña. El periplo por Europa era a la vez una oportunidad de estrechar los lazos con el príncipe y una ocasión de riesgo. El emperador había puesto de relieve su voluntad de que Felipe abandonase el cascarón castellano, en el que los candidatos al valimiento podían tejer sus redes de poder a resguardo y con cierta tranquilidad. El príncipe iba a ser conocido y frecuentado por nobles de diversas naciones. Los cargos más codiciados de la casa de Borgoña serían solicitados por familias de magnates flamencos e italianos, con el fin de asegurarse una plataforma para acceder al favor del heredero. Además, después de casi seis años de separación, Carlos V volvería a ejercer un papel activo en la formación del príncipe. La cercanía del emperador podía desbaratar los frágiles entramados clientelares que se estaban edificando en el entorno del príncipe, como ocurrió en 1544 cuando Carlos V ordenó bloquear el acceso a la casa de algunos candidatos a privados<sup>31</sup>. Todas estas posibilidades gravitaban en el séquito del príncipe y contribuyeron a la desorientación de que se hizo gala durante las dos semanas que duró la estancia en Génova. Los oscuros presagios sobre la actitud del príncipe, que parecía inadecuada cuando el viaje apenas acababa de comenzar, salieron a la luz pública durante la ceremonia de la entrada solemne de Felipe en Génova el 8 de diciembre de 1548.

El día de la Concepción la ciudad de Génova estaba engalanada para festejar el ingreso solemne de Felipe. «Con muy hermoso y claro tiempo» el desfile se inició a las diez de la mañana en el palacio Doria. El príncipe dedicó dos horas a recorrer la ciudad hasta llegar a la catedral, acompañado por un numeroso séquito que resplandecía gracias a los adornos de la librea dorada. Los precedentes tumultos no impidieron el concurso del pueblo, por lo que se esperaba alcanzar el éxito en la reconciliación pública entre los españoles y los genoveses, endulzando los sinsabores de las vísperas. Uno de los más fiables indicadores del ánimo de la ciudad era observar las ventanas de las calles por las que debía pasar el príncipe. La nutrida presencia de mujeres sancionaba la predisposición favorable de los habitantes. Todos los asistentes a estos actos coincidieron en elogiar el afán demostrado por las familias genovesas en agasajar al hijo de Carlos V por medio de las galas y los ademanes de las mujeres. Calvete de Estrella indicó que «las calles estaban todas llenas de gentes del pueblo, y en las ventanas muchas y muy hermosas damas que naturalmente en aquella ciudad son aventajadas a todas las de Italia en hermosura», elogiando el humanista aragonés «la gran hermosura y gentileza de las muchas damas ricamente adornadas que estaban por las ventanas, de las cuales colgaban tan ricos doseles y hermosas alhombros y tapicería, que en todo avía mucho que mirar»<sup>32</sup>. El panadero Vicente Álvarez, tan aficionado a valorar ciudades y países en función de la belleza y *donaire* de sus mujeres, también ponderó la participación femenina en la entrada, constatando la presencia de «muchas damas que estaban a las ventanas tan desembueltas como hermosas y mejor to-

<sup>31</sup> Véase el conocido episodio del alejamiento de ENRÍQUEZ DE GUZMÁN de la corte del príncipe en *Libro de la vida y costumbres de don Alonso Enriquez de Guzmán*, ed. H. Keniston, Madrid, 1960, pp. 228-277.

<sup>32</sup> CALVETE DE ESTRELLA, *op. cit.*, libro primero, pp. 26-27.

cadassus cabeças y adereçadas sus caras y vestidos, y entallados sus cuerpos»<sup>33</sup>. Hasta Alonso de Santa Cruz incide en la relevancia de la exhibición femenina: «Y todas las ventanas que eran muchas por ser las casas muy altas estaban muy llenas de muy hermosas mujeres, todas muy ataviadas de oro, seda, perlas y otras preciosas piedras, y se sentía salir de todas aquellas casas suavísimo olor de excelentes perfumes»<sup>34</sup>. El príncipe montaba un espléndido caballo blanco de raza española y recorrió despacio las calles, acompañado de su refulgente séquito. Felipe iba rodeado de los cuatro cardenales y por los nobles españoles que suscitaban los recelos en Italia por su interés en acaparar la persona del príncipe: el duque de Alba, el sumiller de corps Antonio de Rojas, el caballerizo mayor Antonio de Toledo, el mayordomo Diego de Acevedo, el marqués de las Navas, el conde de Olivares, el duque de Sessa, el Almirante de Castilla, el conde de Cifuentes y el marqués de Astorga, junto al resto de los criados de las casas. Como informó el embajador Strozzi, «veniva il serenissimo Principe parlando hor con uno et hor con l'altro de Cardinali che lo havevano in mezzo; mirando talhor un poco alle finestre ch'erano tutte ornate di tapeti bellissimi, e piene di gentildonne che facevano una vista mirabilissima»<sup>35</sup>. El escándalo se gestó durante las dos horas que duró el recorrido del príncipe por el corazón de la ciudad, y se pudo confirmar cuando Felipe salió de la catedral hacia las dos de la tarde y regresó al palacio Doria. Tanto a la ida como, en menor medida, a la vuelta la comitiva avanzó despacio por las calles de la ciudad, en parte por la multitud de gente que presenciaba el paso, y también para exponer durante más tiempo a los ojos de la ciudad a la persona del príncipe oculta durante doce días en el palacio Doria. La lentitud con la que avanzaba Felipe a caballo hizo más reparable su descortesía con miles de mujeres que alegraban con su ostentosa presencia las calles de Génova. Según Strozzi, las damas «sono rimasse malissimo sodisfatte di su Altezza; che ne con barretta ne con cenno di testa rispose mai ad alcuna di loro quando le facevano riverentia, cavandosi li capelli, o, barrette, secondo costumano di portare in questa città, dove ancor che non possino vestir di seta se non le maniche ne portar gioie: sono però tanto polite e gentili, quanto in nissuna altra città de Italia»<sup>36</sup>. Durante las entradas solemnes existía un grado variable de comunicación entre los príncipes y personalidades que ingresaban en la ciudad y las familias acomodadas que encarnaban la cúspide de la sociedad urbana. En determinadas calles, determinados edificios y determinadas ventanas se expresaba la riqueza de una familia a través de lujosas tapicerías. La presencia de las damas de diferentes edades suntuosamente ataviadas en las ventanas era una señal de benevolencia ante el visitante. Las damas dedicaban sus reverencias al homenajeado y se esperaba que éste devolviese las cortesías al menos a aquellas damas más celebradas en la ciudad y de posición más eminente. Con el príncipe español no existió ninguna comunicación, pues Felipe se limitó a mirar «talhor un poco alle finestre», pero sin responder a los saludos ni realizar ningún gesto de cortesía siquiera ante las ventanas de

<sup>33</sup> VICENTE ÁLVAREZ, *op. cit.*, pp. 16-17.

<sup>34</sup> ALONSO DE SANTA CRUZ, *op. cit.*, tomo 5, octava parte, cap. XXVIII, p. 238.

<sup>35</sup> Carta de Ludovico Strozzi (Génova, 9 de diciembre de 1548). ASMa, Archivio Gonzaga, 1668.

<sup>36</sup> Carta de Ludovico Strozzi (Génova, 9 de diciembre de 1548). ASMa, Archivio Gonzaga, 1668.

las familias más encumbradas. El agravio no se limitaba a la generalidad de las damas de Génova, sino que se extendía en cierto modo a sus familias ya que en tales actos las mujeres actuaban en parte como medianeras del conjunto de la casa, al igual que ocurría en la exhibición del *status* de la familia por medio del lujo femenino. La ocasión de fiesta se tornó en motivo de irritación y de descontento. Si el objetivo del príncipe y de su séquito era despedir con brillantez la enrarecida estancia en Génova, el resultado fue un nuevo fracaso. En términos políticos, lo peor era que otra vez la causa de la decepción se centraba en la actitud del príncipe, mientras que el resto de su entorno, desde las guardias vestidas con librea hasta los cantores y el organista de la capilla, habían cumplido con acierto su cometido de contribuir a la felicidad del evento.

Un desliz en la galantería del príncipe podía pasar hasta cierto punto inadvertido en otras circunstancias. Pero aquel día era la presentación solemne del príncipe ante Italia. Además, la situación de la ciudad no era la más adecuada para demostraciones que hiriesen la susceptibilidad de la población. El recuerdo de la conjura de los Fieschi todavía flotaba en el ambiente. Los altercados entre españoles y genoveses en las calles habían culminado en las alteraciones del 6 de diciembre, dejando varios muertos entre los que seguían al príncipe. Asimismo, aunque no se declarase de forma oficial, los celos se habían incrementado por los rumores sobre la construcción de una ciudadela en Génova por orden del emperador y destinada a ser custodiada por una guarnición española, como fórmula para asegurar la quietud de la urbe y su sometimiento a las directrices de los Austrias. El forcejeo sobre la erección de la ciudadela provocó incluso una fractura en la facción proimperial, y Adamo Centurione tuvo que asumir el ingrato papel de oponerse abiertamente a las reiteradas sugerencias del emperador. Detrás del escenario cortesano de los eventos que rodeaban la estancia de Felipe, tenía lugar un pulso férreo entre los ministros imperiales y la oligarquía genovesa en el que la cuestión de la fortaleza encubría la contraposición de diferentes diseños sobre el papel que debía jugar la república de Génova en el imperio carolino<sup>37</sup>. La hipotética construcción de la

<sup>37</sup> Sobre las gestiones que se realizaron durante la estancia del príncipe en Génova en torno a la construcción del castillo véase AGS, E, leg. 1380. La fábrica de la ciudadela en Génova fue uno de los argumentos principales en la correspondencia entre el príncipe y su padre durante los meses de enero y febrero de 1549. Desde Bruselas, el emperador recordó a su hijo las gestiones realizadas hasta ese momento por el embajador imperial Gómez Suárez de Figueroa y por el propio duque de Alba, cuando pasó por Génova al trasladarse rumbo a España para adelantar los preparativos del *felicitismo* y organizar la casa de Borgoña. Carlos V lamentaba la oposición de Adam Centurione a la construcción de la ciudadela y reconoció que el debate se estaba enconando al considerarse que con el castillo se pretendía atentar contra «la libertad de aquella ciudad» y asegurar la subordinación de la república ligur al imperio, «tanto más que los de Génova nunca han querido reconocer que aquel dominio sea debaxo del Imperio». Carlos V a Felipe; Bruselas, 21 de febrero de 1549; publicado en M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ (ed.), *Corpus documental...*, op. cit., t. III, pp. 95-97. El emperador también estimó que la guardia de la ciudad podía ponerse bajo el mando del embajador Suárez de Figueroa, y que convendría que estuviese formada por tropas alemanas. En otras cartas, como las de 11 de enero y 5 de febrero de 1549 Carlos V insistió a su hijo la conveniencia de que instase al embajador y a Ferrante Gonzaga para que continuasen las negociaciones para permitir la fábrica de la ciudadela en Génova, aludiendo a la cuestión de la entrada de una guarnición que garantizase la fidelidad de Génova durante la construcción del castillo (*ibid.*, pp. 60-61 y 87-89). En este estado de cosas se explican los celos de la oligarquía genovesa a la hora de otorgar un barrio de la ciudad a Ferrante Gonzaga para que alojase su guardia, así como los disturbios que supusieron la muerte de varios españoles. Por lo demás, se puede considerar el *felicitismo* como un viaje de iniciación en el mundo de las modernas fortificaciones por parte de Felipe, quien en casi todas las ciudades por las que pasaba dedicó unas horas a la inspección y reconocimiento de

ciudadela revestía un carácter simbólico a la luz de la añosa polémica, planteada por Maquiavelo, entre la libertad de la república y la tiranía de las fortificaciones. Gante y L'Aquila ofrecían buenos ejemplos de pérdida de las libertades comunales de forma paralela a la edificación de ciudadelas. Entre las grandes ciudades de Italia, la demostración más palmaria de este axioma era el caso de Florencia, si bien a mediados del siglo semejantes inquietudes se extendieron a Piacenza, Siena e incluso Nápoles<sup>38</sup>. La sombra de una fantasmagórica ciudadela y la posibilidad de que se estableciese una guarnición militar forastera en Génova constituían otros lastres que convertían en más problemática la estancia del príncipe Felipe en territorio liguor. Los ánimos estaban soliviantados y los visitantes hubieran debido recurrir a sus dotes diplomáticas para causar una grata impresión entre los genoveses y evitar incidentes. En cambio se prodigaban los desplantes y los gestos que irritaban al pueblo. Cuando la cuestión de la ciudadela era un rumor cuya veracidad se ponía en duda, Felipe no encontró mejor motivo para volver a salir del palacio Doria tras su polémica entrada solemne que el de dirigirse a examinar las murallas y la artillería que defendían la ciudad. El panadero Vicente Álvarez no pudo por menos que anotar en su relación «Otro día tornó su Alteza a entrar en la ciudad y fue a ver los muros y fuerzas d'ella de que no plugo a los naturales, a lo menos la gente común no pudieron dissimular»<sup>39</sup>. Por Génova se extendieron los temores de una futura dominación de la ciudad ejercida por las tropas españolas.

El recuerdo de la revuelta de los Fieschi, los recientes tumultos y los rumores sobre la ciudadela provocaron que la gravedad ostentada por el príncipe durante su entrada solemne ante las damas fuese interpretada como un desplante al conjunto de la ciudad. La severidad de Felipe había asfixiado los deberes de la galantería. La escasa capacidad del príncipe y de sus consejeros a la hora de proporcionar la representación de la majestad con las circunstancias, modos y costumbres del territorio en el que se hallaba determinó que el ingreso triunfal en Génova se saldase con el fracaso de la reconciliación y el descontento general del pueblo y de las familias poderosas. Por tanto, el 8 de diciembre de 1548 llegó a su culminación una serie de despropósitos y torpezas que amenazaban con transformar el periplo europeo en un *tristísimo* viaje. Las cartas escritas desde Génova amplificaban la incapacidad del príncipe para agradar a la nobleza italiana, contribuyendo a forjar una siniestra previsión de lo que podía acontecer en el Sacro Imperio y los Países Bajos. El clamor del malestar de la ciudad de Génova alcanzó las retiradas estancias del príncipe en el palacio Doria en Fassolo. Después de superar los avatares de una fatigosa navegación, la estancia en Génova iba a saldarse con una seria pérdida de reputación de Felipe ante la vista de Italia. Los preparativos de la salida del

las defensas, lo que tanto en Italia como en el corazón germánico del Sacro Imperio suscitaba recelo, dada la pujanza de los ejércitos del emperador tras la victoria de Mühlberg en 1547. Desde Génova y Milán hasta Luxemburgo, el príncipe conoció de primera mano las ventajas y carencias defensivas de las ciudades, de modo que cuando años después en los consejos de la corte se debatía por ejemplo la posibilidad de reforzar con un perímetro abaluartado el castillo *sforzesco* de Milán, Felipe tenía un criterio propio.

<sup>38</sup> La controversia entre la fábrica de ciudadelas y la libertad comunal en los dominios de Carlos V la he estudiado en el artículo «Nido de tiranos o emblema de la soberanía: las ciudadelas en el gobierno de la monarquía» en C. J. HERNANDO SÁNCHEZ (coord.), *Las fortificaciones de Carlos V*, Madrid, 2001.

<sup>39</sup> VICENTE ÁLVAREZ, *op. cit.*, p. 18. Según CALVETE DE ESTRELLA el paseo del príncipe para inspeccionar la muralla, la fortificación y la artillería tuvo lugar el día 8 de enero de 1549, por la tarde.



príncipe hacia Milán estaban muy avanzados y quedaban apenas dos días para que el séquito abandonase Génova. En el entorno del príncipe se intentaron desviar las responsabilidades resultantes al pobre papel representado por Felipe. Los criados de las casas pretendían culpar a otros cortesanos de la severidad que demostró el príncipe durante el recorrido por las calles de la ciudad. Incluso en las crónicas sobre el emperador que se escribieron por aquellos años se intentó salvaguardar el prestigio de Felipe, eximiéndole de culpa y haciéndose eco de la versión de quienes intentaban achacar el fiasco de Génova a la intervención de otros personajes ajenos al círculo doméstico del príncipe. El propio Alonso de Santa Cruz, en su autorizada crónica del reinado de Carlos V, respaldó esta maniobra al relatar la poco afortunada estancia de Felipe en Génova. Santa Cruz no negaba la manifiesta descortesía del príncipe, pero la atribuía a las advertencias equivocadas de un consejero. Según el cosmógrafo sevillano, durante la entrada solemne de Felipe en la ciudad el 8 de diciembre «ni a la ida ni a la vuelta nunca quitó la gorra a ninguna de las mujeres que le estaban a ver pasar, por causa que un Cardenal le había dicho que no se usaba en aquella ciudad quitar la gorra a las mujeres»<sup>40</sup>. Así, la falta de galantería del príncipe en Italia era materia que merecía ser considerada en las crónicas del reinado del emperador.

¿Cuál era el cardenal cuyo celo evangélico y desconocimiento de los usos de la urbe habían empujado a Felipe a tan mal tropiezo? De los cuatro cardenales que acompañaban al príncipe se puede descartar a los cardenales Cibo y Doria a los que difícilmente se les puede atribuir la ignorancia de las costumbres imperantes en la ciudad ligur. Felipe solía hablar más con los otros dos cardenales, que en las principales ceremonias se situaban a su lado y que fueron los que conversaron con él mientras recorrió las calles de Génova. Uno era el cardenal Francisco de Bovadilla y Mendoza, obispo de Coria, y el otro Cristoforo Madruzzo, príncipe-obispo de Trento. Quizá el séquito español se hubiese mostrado inclinado a atribuir el desplante a Madruzzo, con el fin de desacreditarle e impedir que cuajase su estrategia de acercamiento al favor de Felipe. Con todo, resulta poco convincente imaginarse a un cardenal como Madruzzo desconocedor de los usos mundanos de la galantería italiana. Más bien al contrario, el cardenal tridentino sabía perfectamente que las cortesías dedicadas a las damas genovesas eran la fórmula más apropiada para convertir el paso de un príncipe por la ciudad en un éxito político. La galantería podía ser el medio para que un miembro destacado de la casa de Austria saliese airoso tras recorrer las calles de una ciudad traumatizada por la reciente revuelta. No en vano el cardenal Madruzzo había acompañado al archiduque Maximiliano de Austria, hijo del rey de Romanos Fernando, durante su travesía por el norte de Italia entre junio y julio de 1548<sup>41</sup>. El viaje

<sup>40</sup> ALONSO DE SANTA CRUZ, *op. cit.*, tomo 5, octava parte, cap. XXVIII, pp. 239-240.

<sup>41</sup> Sobre la figura del cardenal Cristoforo Madruzzo véase M. BONAZZA, «Tra strategie imperiali e politica locale: il governatorato milanese di Cristoforo Madruzzo (1555-1557)», *Studi Trentini di Scienze Storiche*, a. LXX, 1991, Sección 1-3, pp. 279-340, aunque estudia con particular énfasis la labor gubernativa del cardenal en el Estado de Milán. Ofrece algunos datos de interés y una perspectiva del contexto de la trayectoria del cardenal el catálogo *I Madruzzo e L'Europa, 1539-1658. I principi vescovi di Trento tras Papato e Impero*, Trento-Milán-Florescia, 1993 (véase, entre otros artículos, S. VARESCI, «Profili biografici dei principali personaggi della casa Madruzzo», *ibid.*, pp. 57-62 sobre el cardenal Cristoforo).

de Maximiliano, que se trasladaba a España para asumir la regencia y desposarse con la infanta María de Austria, era similar a la inversa del periplo que realizó su primo Felipe meses después, tras encontrarse ambos en tierras castellanas y efectuar el traspaso de poderes. Los preliminares de la estancia de Maximiliano en Génova se habían enrarecido al comprobar cómo, al entrar en los territorios de la república ligur, la comitiva se veía obligada a pagar los gastos de alojamiento y comida, cuando hasta entonces habían sido convidados tanto en Trento como en la república de Venecia, el ducado de Mantua y el Estado de Milán. A pesar de ese desaire infringido al hijo primogénito del rey de Romanos en un territorio considerado imperial, Maximiliano logró el aplauso general durante su entrada solemne en Génova. Cerbonio Besozzi, uno de los músicos que formaba parte del esmerado séquito del cardenal Madruzzo, escribió una crónica del viaje emprendido por Madruzzo y Maximiliano desde el Sacro Imperio hasta España. Con galante lirismo, Besozzi describe el modo con el que Maximiliano consiguió agradar a los genoveses, en un día que comenzó de forma muy parecida al ingreso posterior de Felipe, con la salvedad de las diferencias climáticas motivadas por lo contrapuesto de las estaciones. Besozzi evocó el «deleitosisímo Borgo, aquellos afortunados miradores y hermosos jardines, que despidiendo de las flores y frutas de sus cidros, naranjos y limones mil suavísimos perfumes, resultaban mucho más agradables que la Arabia Feliz. Estaban además atestados de muy bellas y gentiles señoras que por la hermosura, la elegancia, el gracioso ademán y por las cabezas adornadas con diversas flores y finísimos hilos de oro entre los rubios y rizados cabellos que las coronaban, semejaban otras tantas diosas del Olimpo. Parecía el Rey, entre ellas, Júpiter humanizado que con bellas y obsequiosas maneras hiciese el amor a aquellos balcones y miradores, siempre sombrero en mano»<sup>42</sup>. Aquel día el cardenal Madruzzo acompañaba al archiduque y pudo comprobar el benéfico efecto de su extremada galantería. El recuerdo de las recientes cortesías de Maximiliano de Austria agrandó los desaires de su primo a los ojos de Génova. Mientras el primogénito del rey de Romanos podía ser comparado con un Júpiter que amaba con los gestos a las damas apostadas en las ventanas, el hierático y envarado Felipe había ofrecido una lección de gravedad fuera de lugar. Los vástagos del castellano Fernando no sólo aventajaban a su primo en el dominio de idiomas, sino que llegaban a dar ejemplos del valor político de la galantería al hijo de la emperatriz Isabel.

Por tanto, parece peregrina la posible atribución al cardenal Madruzzo de la equivocada actitud del príncipe durante su ingreso solemne. También era significativo que nada se achacase a los Toledo y los Rojas, quienes controlaban las jefaturas de las casas y dirigían el gobierno de la cámara y de la caballeriza, ni a los grandes de España que rodeaban al príncipe. Durante la estancia de Felipe en Génova, Madruzzo se había distinguido por su empeño en defender el carácter afable del príncipe, puesto en duda por los cortesanos italianos. El cardenal tridentino fue protagonista de las esca-

<sup>42</sup> Véase la traducción al castellano de la crónica realizada por C. MALFATTI (ed.), *La Crónica de Cerbonio Besozzi de las solemnidades, guerras y otros sucesos que tuvieron lugar después de la Dieta hecha en Augusta por el emperador Carlos V*, Barcelona, 1967, pp. 24-25. En Trento en 1967 CESARE MALFATTI editó la versión original en italiano de la crónica de Cerbonio Besozzi.

sas ocasiones en las que Felipe logró salir de su envaramiento, entreteniéndose en conversar con el prelado. Más allá de las maniobras palatinas para eludir las responsabilidades resultantes de la pérdida de reputación del príncipe en Génova, merecen atención los intentos del círculo doméstico de Felipe por recobrar la iniciativa y paliar el descrédito. En esos momentos se había generalizado la idea de que el príncipe se tenía que implicar a fondo en una serie de gestos que le permitiesen atemperar la imagen de severidad. De forma paradójica, la representación de la majestad en una ciudad hostil precisaba en aquella coyuntura más de gracia que de sosiego. Las circunstancias obligaban a que Felipe reajustase el equivocado planteamiento de su imagen, constriñéndole a abandonar el refugio de la severidad y aventurarse en otro estilo de actuar. El pretendido cambio de talante suponía la escenificación de una nueva gama de gestos, distintos a los que el príncipe había estado practicando en sus primeras audiencias en suelo italiano, como agrandar los ojos y observar fijamente, hablar en voz muy baja o pasear y sentarse con extremo sosiego afectando grandeza. En cierto sentido, la irritación de los genoveses era un ensayo inherente al diseño del periplo de Felipe, que le obligaba a aprender a moldear una representación más versátil de la majestad, de cara al crucial encuentro con los súbditos flamencos y con los electores germánicos. Sólo restaba un día para que la comitiva abandonase la ciudad ligur y se intentó emprender un esfuerzo tardío por mejorar la impresión de los genoveses. De forma más o menos consciente, se decidió al final imitar en parte la conducta del archiduque Maximiliano durante su paso por la urbe. Alonso de Santa Cruz, que acabó de escribir su crónica entre 1550 y 1551, poco tiempo después de que sucediesen estos hechos, relató con detalle el inicio de la transformación del comportamiento del príncipe. «Y a 10 de diciembre Su Alteza anduvo cabalgando por la ciudad y fue a ver toda la cerca de ella, la cual le pareció muy bien. Y después paseándose por la ciudad, habiendo sido informado que las mujeres estaban quejosas pareciéndoles que Su Alteza hacía poco caso de ellas, las miraba con muy graciosos meneos y dulces semblantes con señal de mucho amor, quitando la gorra a todas las que le parecían que lo merecían. Por manera que toda la ciudad pareció tan llena de contentamiento y de gozo que era de maravilla verlo»<sup>43</sup>. Dejando de lado los ditirambos, por entonces se comenzó a alterar la escala de valores que debía regir la administración del cuerpo del príncipe en público. Los meneos, caras amorosas y cortesías exteriorizaban las primeras victorias de la gracia sobre la gravedad. La necesidad de agradar se superponía al temor reverencial hacia la majestad. Pero el éxito distaba de ser tan completo como lo proclamó el cosmógrafo. Aunque durante sus dos últimos días Fe-

<sup>43</sup> ALONSO DE SANTA CRUZ, *op. cit.*, tomo 5, octava parte, cap. XXVIII, p. 240. Desde Sevilla, el 10 de noviembre de 1551 el cosmógrafo Alonso de Santa Cruz anunciaba al emperador que había concluido una serie de trabajos, entre los que citaba: «Y desde el año de quinientos, que fue el nacimiento de V. M., comencé la historia año por año, hasta el pasado de cinquenta, y escribo más lo que en cada año aconteció en todas las partes del mundo, e Indias orientales y occidentales, y lo que V. M. ha mandado hazer en las Cortes de España y en las Dietas de Alemania; y espero que será historia apazible» (*Corpus documental de Carlos V*, ed. M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, t. III, Salamanca, 1977, pp. 373-374). Al acabar su crónica en una fecha casi coincidente con la finalización del *felicitismo*, el testimonio de Santa Cruz, ya de por sí siempre revelador y agudo, adquiere particular interés al aportar algunas noticias sobre el periplo del príncipe que no ofrecen ni CALVETE DE ESTRELLA ni ÁLVAREZ, ni otros autores de relaciones menores.

lipe prodigó sus salidas del palacio de Fassolo para realizar visitas de cortesía a algunas de las principales señoras de la oligarquía ligur, la difusión de tales demostraciones de atención galante no podía ser la misma que la expectación universal que había suscitado en las cortes italianas las nuevas de su primera entrada solemne. Por tanto, el recorrido por los caminos y ciudades del norte de Italia se presentaba como una excelente oportunidad para culminar la transición en la conducta del príncipe desde la severidad a la gracia.

Junto a las circunstancias coyunturales de la vida política de Génova, cabe preguntarse por qué el arte de la galantería se había erigido en una de las cuestiones cruciales del viaje de Felipe por Italia. El papel de rey o príncipe formaba parte del elenco de personajes que se podían representar en el teatro de la corte. La escenificación de la majestad debía desenvolverse teniendo presente la existencia de unos usos, costumbres y reglas específicas de la constelación cortesana. Era conveniente a la superioridad de la potestad regia reverenciar en público a otros poderes que reclamaban la excelencia de su culto. El rey católico estaba obligado a demostrar su adoración hacia la divinidad, cuyo poder absoluto estaba por encima de cetros y coronas. Pero en el mundo áulico existían otras religiones muy estrechas, otros imperios que reivindicaban su propia jurisdicción ajena a la potestad secular. Así, los teóricos del arte de la galantería aludieron a las *leyes fundamentales* de la Monarquía de las Damas, cuyas reglas tenían que imponerse aun cuando desafiase las órdenes de los reyes. Conviene inquirir si los hábitos en cuestiones de galantería eran muy diferentes entre los reinos hispanos y las ciudades italianas, lo que habría podido originar la incapacidad del príncipe para comprender el lenguaje de las damas genovesas. Por el contrario, se consideraba a la corte imperial y, en particular, al círculo de la emperatriz Isabel como una de las escuelas más refinadas de la galantería europea. Durante el Antiguo Régimen, uno de los tópicos más reiterados sobre la galantería era considerar a la nobleza portuguesa como los maestros en el arte de la cortesía amorosa en palacio. Aunque la aristocracia castellana intentase emular a sus vecinos, «Confusión es de los Castellanos, que la Imperatriz Doña Izabel les llevó las lecciones del saber galantear, esto solo nos dexan»<sup>44</sup>. El aprendizaje cortesano de Felipe estuvo impregnado de los usos portugueses de la casa de la emperatriz. A pesar del intento de castellanizar la Casa de Isabel en 1528, el séquito portugués conservó una cierta pujanza en palacio<sup>45</sup>. El príncipe creció entre las faldas de su madre y de sus damas hasta que se le puso casa propia de Castilla en 1535. Baste considerar el cometido que ejerció Leonor de Mascarenhas en la educación palaciega de Felipe. Incluso con casa propia, la formación del príncipe en multitud de materias, desde la caza a la música, continuó en manos de los criados de la emperatriz. La muerte de Isabel en 1539 puso fin a estos préstamos, pero en la casa acrecentada de Felipe entraron algunos portugueses, como Ruy Gómez de Silva, que sólo con el paso de los años asumió un papel destacado en el favor del príncipe. Ade-

<sup>44</sup> FRANCISCO DE PORTUGAL, *Arte de Galanteria*, Lisboa, «En la Empronta de Iuan de la Costa», 1670, p. 43.

<sup>45</sup> Véase a este respecto FÉLIX LABRADOR ARROYO, «La Casa de la emperatriz Isabel», en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.), *La Corte de Carlos V*, op. cit., v. I, pp. 231-250.

más, tras varios lustros de presencia en Castilla de un grupo influyente de portugueses en torno a la emperatriz, se consideraba que la aristocracia había adoptado algunos de los hábitos lusos que exaltaban el arte de la galantería. La influencia portuguesa se ejerció sobre unos usos galantes imperantes en Castilla que alcanzaron su esplendor en la corte de los reyes Trastámara. Los libros de caballerías, el género de literatura cortesana por excelencia durante la primera mitad del siglo XVI, eran un espejo donde la nobleza española aprendía a refinar las sofisticadas reglas de la galantería. Los usos amorosos de la corte borgoñona se comenzaron a difundir en territorio hispano a partir de 1517. Sobre estos tres pilares se levantó la imagen legendaria de la corte de Carlos V presentada en el siglo XVII como una edad de oro en la veneración de la galantería. Francisco de Portugal, en su celebrado tratado sobre el *Arte de Galanteria* editado póstumamente en Lisboa en 1670, elogió la corte del emperador como el espacio ejemplar en el que las leyes fundamentales de la cortesía amorosa se llegaban a imponer frente a los criterios del gobierno público y la razón de dominio. El noble portugués ilustró este planteamiento con una anécdota, en la que un caballero había liberado a un prisionero de la custodia del alcalde de corte, tan sólo por obedecer el mandato de su dama. Carlos V habría eximido al noble por galán, pero dispuso el castigo de su dama por atentar contra la jurisdicción regia. La aristocracia palatina expresó entonces su oposición a las medidas de Carlos V, «y el otro día, saliendo el Emperador a una sala halló en ella todos los galanes de Palacio vestidos de luto sin quitarse los sombreros, y mirándolos alegremente, les dixo: muy justa es la causa, y mucho me huelgo con la demonstración, yo la mandaré soltar. Tan respetada cosa era una dama en aquel tiempo, que le parecía a un Príncipe tan belicoso, razón que le hiziessen rostro las finezas, y que estimava desculpadas las descortezías, por la veneración de la galantería»<sup>46</sup>. Con independencia de la veracidad de tales anécdotas, conviene tener presente cómo la corte de Carlos V llegó a ser considerada en Europa como la sublimación de la Monarquía de las Damas. En sus viajes por Italia, el emperador había dado sobradas muestras de su cortesía galante ante las damas italianas.

¿Por qué el hijo de Carlos V y de Isabel pretendía ignorar este acervo de saberes al presentarse en público en Italia? Da la impresión de que el joven príncipe y las personas más influyentes de su séquito optaron por privilegiar una representación severa de la majestad, escenificada en las audiencias y durante el ingreso solemne. Pero la sangre regia de Felipe no le eximía de sus obligaciones como cortesano. Como advertía Antonio de Guevara en su *Libro llamado aviso de privados, y doctrina de cortesanos* (Valladolid, 1539) «es verdad que el galán que no sirve en la corte a una dama: más se lo imputarán a poquedad que no a gravedad»<sup>47</sup>. El príncipe y sus consejeros se habían equivocado al suponer que mediante el gesto de no quitarse la gorra se reforzaba la supremacía de la majestad del príncipe frente a la ciudad y sus autoridades. Como había ocurrido en algunas audiencias concedidas en el palacio Doria en Fassolo,

<sup>46</sup> FRANCISCO DE PORTUGAL, *op cit.*, p. 21.

<sup>47</sup> ANTONIO DE GUEVARA, *Libro llamado aviso de privados, y doctrina de cortesanos*, en *Las obras del illustre señor don Antonio de Guevara obispo de Mondoñedo, predicador y chronista y del consejo de su Majestad*, Valladolid, Juan de Villalquiran, 1539, f. XV del tratado citado.

la gravedad afectada de un príncipe que daba muestras de querer superar en grandeza a su propio padre podía interpretarse en términos de *biasamata* poquedad. Cuando Felipe y los suyos se dieron cuenta de las perniciosas consecuencias de la severidad, tuvieron que optar por que el príncipe prodigase los *dulces semblantes* y los *muy graciosos meneos*. A los nobles les había parecido odioso que Felipe extendiese su imagen de gravedad al ámbito de las damas, infringiendo las reglas de la galantería. La majestad no debía exaltarse mediante el abatimiento de la Monarquía de las Damas. Incluso entre los preceptos del arte de la galantería estaba regulado el comportamiento adecuado de los reyes durante las entradas triunfales. Así, en los proemios del tratado del *Arte de Galantería* se mencionaba de forma expresa el loable ejemplo del rey de Portugal don Sebastián. «Estava o Senhor Rey Dom Sebastião para entrar em Évora a primeira vez com aquella magnificencia, & ostentação com que costumão os Senhores Reys honrar, & celebrar aquelle Acto entre seus vassallos; & perguntou: se havia de fallar alguem? Respondeo hum fidalgo dos que estavão presentes: si Senhor a V. A. de fallar; & tirar a gorra a todas as molheres fidalgas, que estiverem nas janellas. Tornou el Rey: & como hei eu de conhecer as fidalgas? foi a resposta: Toda a molher fermosa, he molher fidalga»<sup>48</sup>. Durante un acto tan señalado desde el punto de vista constitucional como esa especie de gozosa entrada que simbolizaba la toma de posesión del gobierno de una ciudad al inicio del reinado, la ostentación de la majestad era compatible con el escrupuloso respeto de las leyes de la galantería. Incluso se ensalzaba de un modo más eficaz la magnificencia del nuevo rey con una muestra pública de su sometimiento voluntario al «Imperio tão celebrado da fermosura». La galantería podía presentarse como un ingrediente de la majestad. Francisco de Portugal llegaba más lejos al sostener en su tratado que la galantería era el pilar supremo de la sociabilidad áulica, «espírito de la Corte, y pompa de los Reyes»<sup>49</sup>. Christovão Soares d'Abreu consideró que las leyes y reglas de la Monarquía de las Damas podían ser consideradas como verdaderas *leyes fundamentales* de obligado cumplimiento, sin reconocer la superioridad de las órdenes del rey o de los preceptos de Dios. La galantería aparecía de este modo como una forma de religión muy apretada, cuyas ceremonias y ritos debían observarse con toda circunspección. Más allá de las versiones extremas más o menos retóricas de la galantería como espacio de poder, interesa comprender cómo la imagen de gravedad del príncipe se había topado con la jurisdicción de uno de los saberes más sofisticados del universo cortesano. Un príncipe ambicioso empeñado en ostentar grandeza no respondiendo a las reverencias de las damas estaba muy lejos de asemejarse al galante Amadís cuya imagen rodeaba a Felipe desde las fiestas de su nacimiento, y que encarnaría como Beltenebros al culminar en Binche su viaje por los Países Bajos. Carlos V y su hermana María optaron por la demostración de galantería de un caballero que arrostraba cualquier peligro humano y sobrenatural para salvar a su dama, como metáfora de las obligaciones que ligaban al príncipe y a sus futuros vasallos. Así, la galantería política fue el símbolo del pacto constitucional en-

<sup>48</sup> Aprobación de Christovão Soares d'Abreu al tratado *Arte de Galantería* de FRANCISCO DE PORTUGAL, fechada en Lisboa, 15 de octubre de 1669.

<sup>49</sup> FRANCISCO DE PORTUGAL, *op. cit.*, p. 40.

tre el soberano y las corporaciones del territorio. La severidad y el sosiego demostrados por Felipe durante su estancia en Génova podían llegar a erosionar los cimientos de la majestad. Por el contrario, esa majestad precisaba de la gracia para ser venerada por los súbditos y por los potentados. La imperiosa necesidad de agradar obligó al príncipe a realizar un cambio gradual en la forma de comportarse en público que comenzó el 10 de diciembre de 1548, cuando Felipe se quitó la gorra y adoptó amorosos semblantes ante las damas principales de Génova. La galantería era el medio para invertir la desafortunada marcha del viaje y ganar el epíteto de *felicitísimo*.

Durante la conflictiva estancia en Génova se puso de manifiesto la conveniencia de reajustar los valores que guiaban la conducta del príncipe. Esta incertidumbre suponía replantear un antiguo dilema cuyo origen se remontaba al mismo alumbramiento de la idea del cortesano perfecto. La cuestión no consistía en desplazar a la gravedad como patrón del comportamiento de Felipe, sino en añadir de forma proporcionada el ingrediente de la gracia. La gravedad y el sosiego demostrados por el príncipe durante su permanencia en Génova eran la sublimación de una forma de escenificar el ideal cortesano que se consideraba característica de los españoles. Desde el inicio de las guerras de Italia en 1494, se puede estimar que fue constante la presencia en Italia de nobles españoles con misiones militares, diplomáticas y gubernativas, superponiéndose a la secular proyección de la nobleza de la corona de Aragón en el sur de Italia. Ya en 1507, años antes de que los ejércitos del rey Fernando el Católico ocupasen el norte de Italia, en los legendarios diálogos que tuvieron lugar en el palacio de Urbino se presentaba el tópico sobre la forma de ser de la nobleza española. En el segundo libro del cortesano, miser Federico admitió la compatibilidad de los caracteres de españoles e italianos, ya que «hablando en general, los españoles se compadecen más con los italianos, porque aquella gravedad sosegada natural de España me parece más conforme a nosotros que la presta y arrebatada desenvoltura de los franceses»<sup>50</sup>. Por tanto, la gravedad no era perjudicial en sí misma, si Felipe sabía combinarla con aquellos gestos que la hiciesen grata y digerible a los italianos. En su obra, Baldassare Castiglione elogiaba la gravedad varonil en los gestos del rostro de uno de los cortesanos que participaban en la conversación, pero sobre todo ensalzaba la capacidad que tenía de parecer al mismo tiempo dulce<sup>51</sup>. Esta *gravedad dulce*, impregnada de afabilidad graciosa, se convirtió en el norte del comportamiento de Felipe en su viaje europeo, siendo preciso que abandonase de forma gradual aquellos ademanes que dejaban traslucir severidad o excesivo sosiego. El príncipe y sus consejeros tenían que evaluar en cada situación la oportunidad de alterar el equilibrio de la balanza de los valores que conformaban la conducta en público, incrementando en algunos casos la benevolencia y atenuando la gravedad. La prudencia y la discreción debían de permitir a Felipe prestar la adecuada atención al modo, tiempo y sazón, con el fin de acomodarse al entorno. La discreta adaptación a las circunstancias era uno de los fundamentos de la misma idea de cortesano. Castiglione recordaba que el cortesano debía considerar

<sup>50</sup> BALTASAR DE CASTIGLIONE, *El cortesano*, ed. R. Reyes Cano, Madrid, 1984, segundo libro, p. 174.

<sup>51</sup> BALTASAR DE CASTIGLIONE, *op. cit.*, primer libro, p. 97.

«atentamente la calidad de lo que hace o dice, el lugar, en presencia de quién, a qué tiempo, la causa por que lo hace, la edad y profesión suya, el fin donde tiene ojo y los medios con que puede llegar allá. Y así, con estas consideraciones, aplíquese cuerda- mente a todo lo que hubiere de hacer o de decir»<sup>52</sup>. A partir del 10 de diciembre de 1548 y durante el mes de enero de 1549 el comportamiento del príncipe en Milán, Mantua y Trento estuvo guiado por el deseo de agradar y de causar una favorable impresión ante la nobleza italiana. Los cronistas hispanos que describieron el viaje reflejaron este cambio de actitud y en sus relatos comienzan a reiterarse conceptos como el de *buena gracia*, *afabilidad*, *benevolencia* y *conversable* para caracterizar la conducta de Felipe. También las cartas de los nobles italianos que acompañaban al príncipe se hicieron eco de lo acertado de esta nueva forma de comportarse. La *regula universalissima* de la *grazia*, tan consustancial a los ideales italianos del cortesano perfecto, comenza- ba a endulzar la gravedad de Felipe<sup>53</sup>. La buena gracia era «la sal que se haya de echar en todas las cosas para que tengan gusto y sean estimadas». Aunque el conde mantua- no estimaba que la gracia era un «don de natura», también indicaba que se podía me- jorar «con industria y diligencia»<sup>54</sup>. La gracia debía alejar al príncipe de una afectada grandeza al representar la majestad, actuando con una amable desenvoltura que le per- mitiese adquirir honor y reputación durante su viaje por Europa.

El cambio en el modo de comportarse del príncipe tuvo lugar en Génova a partir del 10 de diciembre de 1548, como indicó el cronista Alonso de Santa Cruz. Pero la estancia en la ciudad ligur llegaba a su fin. Al día siguiente la comitiva emprendió el viaje hacia Milán en medio de una gran nevada. Tras pernoctar en ciudades como Alessandria, Tortona, Voghera y Pavía, el 19 de diciembre Felipe hizo su solemne entra- da en Milán. Felipe estuvo diecinueve días en la metrópoli lombarda. El escenario era más propicio para el lucimiento del hijo del emperador. La estabilidad política y la quietud social prevalecían en el Estado de Milán. El gobernador Ferrante Gonzaga se desveló por agasajar al heredero de su patrón mediante la celebración de torneos y co- medias, aunque tuviese que acatar la orden imperial de aminorar el esplendor cere- monial de las entradas del príncipe en las ciudades. Si bien Felipe no pudo presen- tarse como duque de Milán ante sus vasallos, al menos recibió las muestras de devoción de quienes sabían que sería su próximo señor. El ambiente festivo que diseñó Fer- rante Gonzaga contrastaba con el enclaustramiento del príncipe en el palacio Doria en Fassolo. En Milán Felipe fue más accesible y menos una deidad oculta. El prínci- pe prodigó sus salidas del palacio ducal para dirigirse a la catedral, al castillo o a pa- lacios de personajes destacados. En sus paseos y visitas se mostró galante con las da- mas, de acuerdo con la dura lección aprendida en Génova. Hasta los embajadores mantuanos tuvieron que reconocer los aciertos del príncipe en su modo de presen- tarse en público. El 23 de diciembre Ludovico Strozzi informó al castellano de Man-

<sup>52</sup> BALTASAR DE CASTIGLIONE, *op. cit.*, segundo libro, p. 148.

<sup>53</sup> Sobre la *regla universalissima* de la gracia véase A. QUONDAM, «La forma del vivere. Schede per l'analisi del discorso cortigiano», en A. PROSPERI (ed.), *La Corte e il Cortegiano*, t. II: *Un modello europeo*, Roma, 1980, pp. 15-68.

<sup>54</sup> BALTASAR DE CASTIGLIONE, *op. cit.*, primer libro, p. 101.



tua que «*Su Altezza andó a visitar hieri la Sra. Principessa, e pare pur che ogni giorno si vegga più cortese della barretta, e qualche cosa meno severo: per il che si conosce chel difetto viene più tosto dal habito che dalla natura: talche si spera che la scola d'il padre l'habbi da far mutar in pochissimo tempo*»<sup>55</sup>. La severidad de Felipe no desapareció, sino que se aminoraba de acuerdo con las circunstancias. En sus cortesías visitas a la princesa de Molfetta, Isabella di Capua, esposa del gobernador, el príncipe practicó los gestos de la galantería política. La exhibición de este nuevo estilo culminó el 1 de enero de 1549 durante la celebración del desposorio de Ippolita Gonzaga, hija del gobernador, con Fabrizio Colonna, hijo de Ascanio Colonna. La ocasión era propicia ya que el enlace de estos dos linajes había suscitado la atención de las cortes italianas. Ferrante Gonzaga organizó en el palacio en el que residía un suntuoso banquete en el que la persona del príncipe quedaría adecuadamente ensalzada. En concordancia con el ceremonial de las comidas de Felipe que el gobernador había observado en Génova, se dispuso la colocación de un estrado algo alto, sobre el que se puso una mesa reservada para el servicio del príncipe y cubierta con un dosel. Junto al estrado se situó otra mesa muy larga con servicio para los ciento cuarenta convidados, entre los que se encontraban las principales familias de la oligarquía lombarda. Ante la cúpula de la sociedad política del Estado de Milán, Felipe podía optar por primar el sosiego en la representación de la majestad ante sus futuros vasallos como duque de Milán, o por inclinarse hacia una conducta en la que prevaleciese el criterio de gracia y el deseo de agradar a los comensales. Desde el primer momento, el príncipe fue consciente de la oportunidad de aquel evento para adquirir reputación en Italia por medio de gestos afables. Como un moderno Proteo, Felipe demostró su versatilidad y la capacidad de adaptarse a la nueva imagen de benevolencia. El cosmógrafo Alonso de Santa Cruz indicó en su crónica cómo desde el inicio de los regocijos el príncipe despejó las dudas sobre su intención. «Y llegó Su Alteza a la dicha sala una hora después de anochecido e hizo grandes mesuras a las damas que allí estaban, así de gorra como de otras señales de amor y regocijo»<sup>56</sup>. Tras las cortesías y los amorosos meneos, Felipe asumió un papel todavía más activo en el patio del palacio al iniciar las danzas con Ippolita, con la que bailó tres veces demostrando su pericia en el arte de danzar. El baile galante dio paso a la ceremonia nupcial, actuando el príncipe como padrino de la hija del gobernador. Después se pasó a la sala del banquete, en la que destacaba visualmente el estrado elevado con dosel reservado a Felipe. El príncipe, llevando a sus últimas consecuencias su nuevo modo de comportarse, demostró que comprendía que en determinadas circunstancias la majestad podía ensalzarse de forma más eficaz mediante la renuncia pública a los honores debidos. «Y luego Su Alteza mandó quitar aquella mesa pequeña y aquel estrado, y tomó a la desposada de la mano y la hizo sentar a la cabecera de la mesa grande en el lugar que para él estaba dedicado»<sup>57</sup>. Ante los ojos de la corte de Milán, la grandeza del hijo del

<sup>55</sup> Ludovico Strozzi al castellano de Mantua (Milán, 23 de diciembre de 1548). ASMa, Archivio Gonzaga, 1668. Fausto Nicolini transcribió este fragmento de la carta en «*Sul viaggio di Filippo...*», art. cit., p. 47.

<sup>56</sup> ALONSO DE SANTA CRUZ, *op. cit.*, t. V, cap. XXX, p. 253.

<sup>57</sup> ALONSO DE SANTA CRUZ, *op. cit.*, t. V, cap. XXX, p. 254.

emperador se sometía de forma galante a la supremacía de las damas. El banquete estaba resultando un éxito para los fines políticos del séquito del príncipe. Felipe quiso extremar su galantería con algunas finezas que contravenían de manera evidente el ceremonial de servir la mesa a la borgoñona. Como señaló el panetero Vicente Álvarez: «Començóse la cena en que su Alteza comió bien y regocijado, y brindó a la Princesa y a su hija y a su nuera, y entró más en conversación que permitió que beviessen aquellas señoras en su copa cosa antes no vista»<sup>58</sup>. El ofrecimiento de la copa era uno de los momentos culminantes del servicio de la mesa tanto en la etiqueta borgoñona como en el ceremonial castellano, en el que la adoración ritual del rey alcanzaba una de sus expresiones más elevadas<sup>59</sup>. El príncipe no se había contentando con sentarse a la misma mesa que el resto de los cortesanos, sino que ofrecía su copa a las damas como señal suprema de galantería. Después de la cena el príncipe bailó pавanas, gallardas y las danzas del hacha. De madrugada, tras máscaras y una colación, Felipe se despidió «dexando a don Hernando de Gonzaga y a la Princesa su muger muy contentos y alegres de la benevolencia y afabilidad con que los avía tratado»<sup>60</sup>. La gravedad del príncipe se había eclipsado en beneficio de la gracia.

Durante dos semanas y media Felipe acreditó en Milán su capacidad para adaptarse a las condiciones cambiantes de su entorno, representando la majestad con mayor desenvoltura. En este sentido, la estancia del príncipe en la metrópoli lombarda supuso un giro decisivo en su forma de presentarse en público, que se confirmó durante el viaje por tierras germánicas y flamencas. La etapa milanesa era fundamental para escenificar un cambio de actitud que le permitiría afrontar el itinerario por las ciudades del Sacro Imperio, en las que no iba a ser recibido con tantos honores y donde el comportamiento de Felipe podía resentirse de las grandes diferencias de costumbres existentes entre españoles y alemanes. Italia se convirtió en un periodo de transición entre la gravedad española y los usos de la nobleza germánica. Además, en Milán el príncipe pudo demostrar su destreza en los entretenimientos caballerescos. Era un modo más amable de ensalzar la majestad, rentabilizando las lecciones aprendidas durante su niñez y juventud. Al bailar con despejo una pavana o una gallarda, Felipe acreditaba sus buenas maneras ante los ojos de la aristocracia en las salas de los palacios. A cielo abierto, en el patio de un palacio el príncipe pudo exhibir su dominio de las artes de guerra en el torneo real a pie, combatiendo con picas y espada y representando una imagen más marcial de quien se esperaba que sucediese a su padre en el mando supremo de los ejércitos. El 4 de enero de 1549, una vez acabado el torneo, Felipe se retiró para desarmarse, cenar solo «porque era viernes», y después se dirigió a la sala en la que se celebraba un sarao con máscaras. De nuevo, el príncipe hizo gala de su galantería en aquel sarao, uno de los últimos festejos que tuvieron lugar durante su estancia en Milán. Vicente Álvarez anotó en su relación «dançó su Alteza con la hija y nuera de don Fernando, y con otras damas con mucho regozijo,

<sup>58</sup> VICENTE ÁLVAREZ, *op. cit.*, p. 24.

<sup>59</sup> A este respecto remito a mi estudio «Introducción» al vol. IV de *La Corte de Carlos V*, *op. cit.*, p. 12.

<sup>60</sup> CALVETE DE ESTRELLA, *op. cit.*, p. 20.

mostrando a todos buena gracia, de que en aquella ciudad quedaron muy contentos y desengañados de la información que tenían, que era su Alteza demasiadamente grave y desconvencible»<sup>61</sup>. La buena gracia de Felipe era el medio para agradar a la nobleza lombarda y conjurar el espectro de lo sucedido en Génova. Las noticias de la actitud del príncipe en territorio ligur habían circulado por toda Italia, por lo que su comportamiento en Milán provocó un afortunado contraste que le permitió adquirir reputación.

Después de su estancia en Milán, Felipe estaba preparado para afrontar de forma adecuada las siguientes etapas de su viaje por Europa. El príncipe taciturno encerrado en un palacio en Génova se había metamorfoseado en un cortesano galante, que intervenía con soltura en saraos, danzas y torneos, y dispuesto a sacrificar las ceremonias de la realeza con el fin de agradar a las damas. Tras la satisfacción que obtuvo al entrar bajo baldquino en Mantua el 13 de enero de 1549, Felipe emprendió la fase más trabajosa de su periplo, el recorrido por las ciudades germánicas hasta llegar a los Países Bajos. La comitiva se alejaba de las tierras italianas tan conocidas por los españoles y donde se sentían relativamente cómodos por cierta similitud en usos y costumbres. En los Países Bajos les esperaba el emperador, bajo cuyo amparo el príncipe no necesitaba de tanta advertencia sobre cómo actuar en tierras extrañas. Trento y el condado de Tirol eran unas etapas de transición antes de adentrarse en el corazón de Alemania. Ya en la ciudad de Trento, donde entró el 24 de enero de 1549, Felipe pudo tomar contacto con las costumbres alemanas, tan distantes al ideal de gravedad y sosiego al que se inclinaba su personalidad. El príncipe demostró su buena disposición y su deseo de agradar, hasta el punto de forzar su naturaleza para simular afición a la manera alemana de beber o participar en entretenimientos en los que dejaría patente su torpeza. Aunque en alguno de los banquetes Felipe pudo exhibir su excelencia al bailar una gallarda, pronto tuvo que adaptarse a los usos procedentes del norte que confluían con los italianos en la corte del príncipe-obispo de Trento, crisol en el que se mezclaban las culturas centroeuropeas. El 24 de enero de 1549, durante uno de los banquetes en los que se distinguía la magnificencia del cardenal Madruzzo, el príncipe tuvo ocasión de repetir un gesto que ya le había sido rentable en Milán. Madruzzo había dispuesto que Felipe cenase en una mesa colocada sobre un estrado y «debaxo de un gran dosel de tela de oro». «Su Alteza mandó baxar la otra mesa y ponerla atravesada junto con aquella, de manera que por la parte de mano derecha estava yguál con la de las damas»<sup>62</sup>. Después comenzó una fiesta en la que el príncipe tuvo que excederse en su voluntad de resultar amable. Alonso de Santa Cruz describe los afanes de Felipe: «el primero que salió fue Su Alteza que sacó a danzar una italiana la más hermosa que allí estava. Y después de Su Alteza danzaron muchos; y luego se comenzó otra danza a la alemana en que andaban muchos juntos y a ratos se abrazaban la dama y galán, y otras veces se deban otras vueltas, a donde el Príncipe no anduvo tan desenvuelto como el Cardenal de Augusta y el de Trento que danzaron y bailaron con

<sup>61</sup> VICENTE ÁLVAREZ, *op. cit.*, p. 27.

<sup>62</sup> VICENTE ÁLVAREZ, *op. cit.*, pp. 32-33.

sendas damas»<sup>63</sup>. Felipe no conocía la forma de bailar a la alemana, pero el valor político de su torpeza en estas danzas era la demostración ante los magnates germánicos de cómo estaba dispuesto a atenuar la gravedad en beneficio de la gracia, la galantería y la afabilidad.

Esta pauta de comportamiento se mantuvo en las ciudades del Sacro Imperio y en los Países Bajos. Felipe no actuó siempre con la soltura y la naturalidad que exige la *regula universalissima* de la gracia, y en determinadas ocasiones sus interlocutores advirtieron cómo la amabilidad del príncipe al beber y al bailar parecía un tanto forzada. En todo caso, en su periplo europeo Felipe demostró su discreción al saber proporcionar su conducta con las circunstancias de su entorno. Además, acreditó buena crianza al comprender que había que adaptarse a los usos y costumbres de los territorios por los que pasaba. La gracia con la que actuó el príncipe en Milán le permitió desenvolverse de forma satisfactoria en las ciudades alemanas, y durante los homenajes que le dedicaron los súbditos flamencos en las gozosas entradas que realizó en las principales ciudades de los Países Bajos. Pero también la buena gracia, como la gravedad, tenía sus límites. Durante su prolongada estancia en Augusta con el fin de negociar su candidatura a la sucesión imperial, Felipe demostró un adecuado lenguaje corporal, bebiendo, bailando y abrazando a la alemana. Pero su desconocimiento del idioma alemán le impidió ganarse la confianza de los electores. Tras una enconada disputa entre las dos grandes ramas de la casa de Austria, al final el acuerdo alcanzado en marzo de 1551 parecía alentar unas esperanzas de sucesión a la dignidad imperial que debía retrasarse al menos varios lustros. En 1552 la huida del emperador de Innsbruck y el fallido asedio de Metz pusieron de manifiesto la debilidad de este proyecto, que la guerra se encargó de desvanecer en favor de Fernando y Maximiliano. Tampoco la gracia del príncipe le permitió ganarse para siempre el corazón de sus súbditos flamencos, como intentó su padre al disponer durante su última década de vida que Felipe residiese con cierta frecuencia en los Países Bajos. La consolidación del calvinismo dio paso a unas guerras civiles de religión en el que la presencia del rey no por sí misma una garantía de concordia, como se puso de relieve en el reino de Francia durante casi medio siglo. La fractura entre los credos cristianos existente en las Diecisiete Provincias se ahondó por multitud de factores sociales, políticos y militares, desembocando en una auténtica revuelta y en una guerra que duró ochenta años.

La *buena gracia* de los gestos del príncipe no era tan acabada como proclamaban los cronistas del periplo europeo, pero fue suficiente para sortear los escollos que habían provocado un riesgo de naufragio al comenzar la travesía en Génova. La experiencia de lo aprendido durante su itinerario italiano enseñó al príncipe las técnicas de la adaptación al entorno, indispensables para sobrevivir con dignidad en escenarios tan arriesgados como la Inglaterra de 1554. Después de un desafortunado comienzo, al final el príncipe logró adquirir reputación en Italia durante sus estancias en Milán y Mantua. Los panegiristas ya contaban con motivos para dedicar el epíteto de *felicísimo* a un viaje cuya primera etapa culminó con las fiestas caballerescas cele-

<sup>63</sup> ALONSO DE SANTA CRUZ, *op. cit.*, t. V, cap. XXXI, p. 265.

bradas en Binche y Bruselas. La principal lección que Felipe extrajo de su recorrido por el norte de Italia fue la conveniencia de representar la majestad de forma versátil según los territorios. Durante el resto de su vida Felipe no olvidó esta máxima, y supo adaptar su comportamiento según estuviese en Alemania, los Países Bajos, Inglaterra, Portugal, Aragón o Castilla.

### 3. FARSI ONORE

El *felicitísimo viaje* constituyó un desafío para Felipe y para los criados de sus casas. Pero la prueba se extendió a cientos de familias de la aristocracia europea. La cercanía al hijo del emperador situaba a las personas que le acompañaban y visitaban bajo la atenta mirada de los ojos de Argos. Era la ocasión propicia para hacerse una reputación ante las principales cortes europeas, aunque también existía el riesgo de que las carencias de una casa o los defectos de una persona quedasen espuestos a la luz pública. Los grandes de España, señores titulados y caballeros españoles que seguían al príncipe fueron conscientes de la envergadura del desafío. Muchas de las galeras que partieron de Barcelona transportaban cientos de criados, cabalgaduras y los enseres de las recámaras de los grandes y nobles. El duque de Sessa, el marqués de Astorga, el Almirante de Castilla, el conde de Olivares, el marqués de las Navas, el conde de Cifuentes y otros aristócratas españoles asumieron elevados gastos y endeudaron sus haciendas con el fin de obtener honor durante el periplo europeo. En general, una nueva generación de la nobleza hispana entendió que se presentaba una oportunidad para consolidar su posición en el entorno del príncipe y asegurarse una plataforma para las futuras perspectivas que quedarían abiertas durante la sucesión al emperador. Muestra de ello fue la presencia en el viaje del duque de Sessa, quien poseía extensos señoríos en el sur de España y en el reino de Nápoles. Gonzalo Fernández de Córdoba había intentado medrar en la corte imperial mediante su enlace nupcial con la hija del influyente secretario Francisco de los Cobos. Las expectativas habían quedado frustradas y Sessa no obtuvo ni puestos ni encomiendas. La muerte de Cobos en 1547 dejaba al duque sin valedor y optó por seguir al príncipe en su travesía por Europa con la esperanza de entrar en la esfera del favor del heredero de la monarquía<sup>64</sup>. El séquito y la recámara de Sessa fue uno de los más lujosos de la comitiva, como los del marqués de Astorga. Tras acompañar al príncipe al menos hasta Trento, Gonzalo Fernández de Córdoba se fue a visitar sus estados en el sur de Italia, entrando de forma solemne en la ciudad de Sessa en junio de 1549 atravesando un arco triunfal y asistiendo a fuegos artificiales. Durante meses el duque recorrió sus feudos de Venosa, Andria y Bitonto, acompañado de una corte señorial en la que abundaban los hombres de letras, de acuerdo con el refinado gusto de Gonzalo y su temprana afición a

<sup>64</sup> Sobre los motivos que tuvo el duque de Sessa para participar en el *felicitísimo* remito a mi artículo «*Far Cerimonie alla spagnola: el duque de Sessa, gobernador del Estado de Milán (1558-1564)*», en E. BELLENGUER CEBRIA (coord.), *Felipe II y el Mediterráneo*, v. III/1: *La monarquía y los reinos*, Madrid, 1999, pp. 428-430.

las musas. A lo largo de estos meses permaneció informado de lo que ocurría en el viaje del príncipe en parte gracias a las cartas que el enviaba periódicamente el panadero Vicente Álvarez<sup>65</sup>. A mediados de 1550 Sessa se reincorporó al séquito del príncipe. Los motivos que tenía Gonzalo Fernández de Córdoba eran semejantes a los de numerosos aristócratas españoles que acompañaban a Felipe. Durante el *felicísimo* se configuró un grupo de poder compuesto por nobles hispanos e italianos que desempeñó un papel decisivo durante los años críticos del periodo sucesorio y en la etapa inicial del reinado. Además del sumiller Ruy Gómez y del secretario Gonzalo Pérez, en la comitiva se encontraban personajes como los futuros duques de Alburquerque y de Alcalá. Así, entre los nobles que coincidieron en Milán durante la estancia del príncipe estaban cinco aristócratas que se sucedieron entre 1555 y 1571 en el gobierno del Estado de Milán, tras la caída de Ferrante Gonzaga: el duque de Alba, el cardenal Madruzzo, el duque de Sessa, el marqués de Pescara y Gabriel de la Cueva, duque de Alburquerque. Personajes como el duque de Alcalá ejercieron un papel decisivo en el gobierno virreinal de Nápoles en los primeros lustros del reinado de Felipe II<sup>66</sup>. Aunque los nobles mencionados perteneciesen a facciones de corte diferenciadas, predominaban los que acabaron vinculándose a la red de familias y amigos políticos que se articuló con el paso de los años en torno a Ruy Gómez de Silva<sup>67</sup>.

En 1548 y 1549 la nutrida presencia de aristócratas españoles que recorrieron el norte de Italia suscitó cierta inquietud en las cortes de los potentados italianos. Gonzalo Fernández de Córdoba, Gabriel de la Cueva y Perafán de Ribera formaban parte de una nobleza ambiciosa y relativamente joven que ansiaba medrar al amparo del favor del príncipe. En sus despachos los embajadores italianos a veces arremetían contra los ademanes del séquito español. Según Strozzi en «questa corte del Principe a me pare che non vi sia altro che fumo e vanità e pochi homini di valore»<sup>68</sup>. Con la progresión del viaje de Felipe por el norte de Italia, las descalificaciones iniciales sobre la arrogancia de los grandes y señores titulados dio paso en algunas ocasiones al elogio del lujo del acompañamiento y a la destreza demostrada por los nobles españoles en los juegos caballerescos. Detrás de la admiración y el recelo subyacía el temor ante un cambio del equilibrio entre las naciones que servían al emperador en Italia. La presencia de un contingente numeroso de nobles españoles en el norte de Italia se remontaba a la guerra de 1512, cuando en los mandos superiores del ejército coman-

<sup>65</sup> Véase la dedicatoria inicial de la relación de VICENTE ÁLVAREZ, en la que se afirma que «Las coplas que van al cabo, son las que yo hize, y de Bruselas embié a Nápoles, al Duque de César, dándole cuenta de lo que en esta corte passava y en qué se gastava la vida», *op. cit.*, p. 10.

<sup>66</sup> Sobre la trayectoria del duque de Alcalá en los virreñatos de Cataluña y de Nápoles véase C. J. HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, «Estar en nuestro lugar, representando nuestra propia persona. El gobierno virreinal en Italia y la Corona de Aragón bajo Felipe II», en E. BELENGUER CEBRIA (coord.), *Felipe II y el Mediterráneo*, v. III/1: *La monarquía y los reinos*, Madrid, 1999, pp. 215-338.

<sup>67</sup> Con respecto a la facción ebolista, véanse los estudios de J. MARTÍNEZ MILLÁN, «Grupos de poder en la corte durante el reinado de Felipe II: la facción ebolista, 1554-1573», en *id.* (ed.), *Instituciones y elites de poder en la monarquía hispana durante el siglo XVI*, Madrid, 1992, pp. 137-198; e *id.*, «Familia real y grupos políticos: la princesa doña Juana de Austria (1535-1573)», en *id.* (dir.), *La corte de Felipe II*, *op. cit.*, pp. 73-106.

<sup>68</sup> Carta de Ludovico Strozzi (Génova, 6 de diciembre de 1548). ASMa, Archivio Gonzaga, 1668.

dado por el virrey Cardona destacaban los aristócratas napolitanos y españoles. Durante la guerra que asoló Italia en la década de 1520 también fue habitual el protagonismo de la oficialidad española en el mando intermedio de los ejércitos imperiales. Entre 1527 y 1529 tuvo lugar un cambio cualitativo, cuando los nobles españoles no se limitaron a formar parte de los cuadros del ejército, sino que asumieron funciones de gobierno político del Estado de Milán durante el periodo en que Antonio de Leyva fue gobernador del *Stato* en nombre de Carlos V. Pero aquel periodo concluyó con las negociaciones de Bolonia, y el año de 1535 no quebró esta situación, dado que el emperador reservó el puesto de gobernador del Estado de Milán a aristócratas italianos como el marqués del Vasto y Ferrante Gonzaga. La nobleza española se tuvo que conformar con mantener un papel destacado en el mando del plurinacional ejército imperial destacado en Lombardía y Piamonte, además de desempeñar otros puestos más puntuales como los de embajadores y comisarios con algún cometido particular. Entre 1529 y 1543 algunos grandes y señores titulados visitaron el norte de Italia acompañando al emperador en sus viajes, pero la nobleza española no ejerció el poder político en el territorio a diferencia de los que ocurrió en el sur de Italia, donde podía acceder al puesto de virrey e intervenir en la administración cotidiana de los reinos de Nápoles y de Sicilia, como sucedió durante los mandatos de Pedro de Toledo y de Juan de Vega. El protagonismo español en el proceso de toma de decisiones por lo general se llevaba a cabo lejos del norte de Italia, mediante la actuación de algunos cortesanos influyentes en la corte de Carlos V, como el secretario Francisco de los Cobos y el duque de Alba, así como otros españoles que formaban parte del consejo de Estado. Con estos antecedentes, a la nobleza del norte de Italia le podía parecer inquietante la copiosa presencia de españoles en las dos casas del príncipe Felipe, que contrastaba con la diversidad de naciones de los criados que servían a su padre. Con el fin de preparar la estancia de Felipe en Mantua, el embajador Strozzi envió a las autoridades del ducado de Mantua una *Lista delli Sri. e gentilhuomini principali del Principe di Spagna* compuesta por veinte nombres, de los cuales todos eran españoles excepto el portugués Ruy Gómez y el italiano marqués de Pescara. Los siniestros augurios de los nobles italianos al examinar la composición del séquito del príncipe estaban justificados. Entre los aristócratas españoles que formaban parte de la comitiva se encontraban los gobernadores que desempeñarían el puesto supremo del Estado de Milán durante lustros, favoreciendo la entrada de togados españoles en los principales tribunales del *Stato*, como el Senado y los Magistrados Ordinario y Extraordinario, así como el ejercicio de la dignidad de Gran Canciller. La *españolización* del gobierno de la Lombardía durante el reinado de Felipe II no fue un proceso lineal y deliberado, ya que en numerosas ocasiones fueron el propio monarca, sus secretarios y consejeros los que impidieron el incremento de la proporción de españoles en los tribunales del territorio. Además, el entramado de alianzas matrimoniales y las redes de amistad política entre la aristocracia española e italiana favorecían actitudes como la del duque de Sessa, quien fue el principal mediador ante el rey para conseguir que le sucediese el marqués de Pescara en el puesto de gobernador. Pero también hay que admitir que el entorno hispano que rodeaba a Felipe, reforzado tras su regreso a España en 1559, acabó generando una dinámica política de predominio de una *nación*,

subdividida en su interior en varias *naciones*, dentro del gobierno de los reinos de lo que acabaría siendo la monarquía de España.

A fin de contrarrestar la abundancia de españoles y de negociar sus propios intereses, numerosas familias de la aristocracia europea se aseguraron de contar con una presencia más o menos temporal en la comitiva del príncipe. Mientras Felipe recorrió el norte de Italia, fueron frecuentes las visitas de destacados miembros de las principales dinastías italianas. Pero también se asomaron al mundo italiano otros príncipes que habían descendido del norte y del centro de Europa a fin de agasajar al príncipe, como el célebre duque Mauricio de Sajonia y el cardenal de Augsburgo. En este sentido, se puede considerar el periplo del príncipe como la ocasión que precipitó la realización de cientos de *felicitimos viajes* de alcance y duración variables que protagonizaron nobles españoles, italianos, germánicos y flamencos. Esta faceta del itinerario del príncipe recordaba a escala reducida la circulación de naciones por la Cristiandad característica de los viajes de Carlos V, en cuya corte confluyeron usos y costumbres procedentes de casi todos los rincones de Europa, convirtiéndose en un espacio de coexistencia de grupos que pertenecían a las oligarquías de multitud de reinos y señoríos.

Antes de que Felipe atravesase los Alpes y se adentrase en tierras germánicas, algunos príncipes alemanes acudieron a Trento a recibirle. El 24 de enero de 1549 el príncipe conoció al cardenal de Augsburgo y al duque Mauricio de Sajonia, quienes le saludaron tocándole la mano «según la costumbre de Alemania». El duque Mauricio se había convertido en el principal beneficiario de la victoria de Mühlberg, incrementando sus estados patrimoniales a costa de los de su derrotado tío, el elector Juan Federico de Sajonia, y obteniendo la dignidad de elector. Como estaba previsto, Mauricio insirió infructuosamente a Felipe para conseguir la liberación de su suegro, el *landgrave* Felipe de Hesse. Tras acompañar unos días al príncipe, el cardenal de Augsburgo y el elector aprovecharon la ocasión para visitar el norte de Italia. El *felicitimo* ofrecía una oportunidad idónea para estos viajes de formación de los príncipes y potentados europeos. Los primeros días de febrero los magnates alemanes residieron en Milán y en Pavía, proyectando proseguir su itinerario hacia Mantua y Venecia. Con el objeto de evitar conflictos de etiqueta y los inconvenientes de un excesivo formalismo, el cardenal y el elector optaron por viajar «mezzo incognito» e incluso el prelado prescindió en sus paseos de la indumentaria cardenalicia, presentándose con máscara cuando acudió a visitar a la esposa del gobernador Ferrante Gonzaga. La finalidad de esta conducta del cardenal de Augsburgo y de Mauricio de Sajonia era «starsene in libertà, la qual han cercata specialmente in fuggir la cerimonia di molte visite». La presencia del elector luterano en el norte de Italia no podía dejar de suscitar curiosidad. Conviene recordar la pertenencia jurídica de la Italia septentrional al Sacro Imperio, así como los lazos que mantenía el duque de Saboya en los príncipes imperiales, y cómo Fernando de Austria cultivaba con gran esmero su propia estrategia política en el norte de Italia que, tras la fracasada candidatura al título ducal de Milán, se materializó en enlaces matrimoniales con algunos potentados. El duque Mauricio era, junto al rey de Romanos Fernando, uno de los garantes de la política del emperador en el Imperio. Durante los dos años siguientes Mauricio jugó un papel clave en todos los asuntos tocantes al Sa-



cro Imperio, desde la pugna sucesoria a la formación de ligas entre príncipes o al entendimiento gradual con el rey de Francia Enrique II. Durante la estancia del elector en el norte de Italia estaba muy lejos el espectro de la marcha sobre Innsbruck, pero los príncipes padanos tenían gran interés en conocer el posicionamiento de Mauricio con respecto a los principales negocios del gobierno de Italia. Al parecer, el elector luterano expresó en Milán su satisfacción por los sucesos de Piacenza, que un año y medio antes se habían saldado con el asesinato de Pier Luigi y la expulsión de los Farnese. Este comentario agradó a los Gonzaga, tanto en Milán como en Mantua. Pero las mismas barreras idiomáticas que reducían el margen de maniobra del príncipe Felipe en Alemania y los Países Bajos, obstaculizaban cualquier intento de Mauricio de mantener lazos directos con los potentados de Italia en previsión de lo que pudiese acontecer en el futuro. Cuando hablaba con los nobles italianos, el elector tenía que recurrir al cardenal de Augsburgo para que hiciese la labor de intérprete, como tuvo que hacer el príncipe Felipe en tierras germánicas, por ejemplo sirviéndose del cardenal Madruzzo para conversar con sus primas en Innsbruck. Así, durante su estancia en Milán, el duque Mauricio de Sajonia «*per non saper parlar Italiano, bisognò ch'l Cardinale di Agosta li facessi l'interprete, si come ha fatto col sr. Don Ferrando, et con molti altri*», porque «*ha la lingua tedesca sola, et un poco poco di latina*»<sup>69</sup>. Las carencias en el dominio de lenguas podían limitar el alcance político de los *felicitísimos* viajes que se organizaron aprovechando el periplo europeo del príncipe Felipe.

Durante el recorrido del hijo del emperador por el norte de Italia, además de las jornadas paralelas de los magnates y aristócratas españoles y alemanes, conviene destacar la movilización de los principales linajes de Italia. En el *felicitísimo* tomaron parte, entre otras, las casas de Saboya, Gonzaga, Medici, Este, Farnese y Colonna, junto a la alta nobleza de los territorios visitados y la procedente de los reinos de Nápoles y de Sicilia. Para los potentados de Italia, el viaje de Felipe ofrecía la oportunidad de que los miembros más jóvenes de los linajes completasen su aprendizaje político, conociendo a las personas que estaban destinadas a ejercer un papel protagonista en el gobierno de Italia y familiarizándose con las costumbres imperantes en la corte del príncipe. Las audiencias de Felipe y de los cortesanos más destacados como el duque de Alba, permitían practicar el arte de negociar, aun cuando la capacidad resolutive del hijo del emperador fuese limitada. Entre los jóvenes aristócratas que se entrevistaron y acompañaron a Felipe se pueden mencionar al duque Francesco II de Mantua, al príncipe de Pisa Francesco Medici, a Marc'Antonio Colonna, al duque de Camerino Orazio Farnese, y a Vespasiano Gonzaga. En Génova, Alessandria, Pavia, Milán, Lodi, Cremona, Mantua y Trento el hijo de Carlos V fue presentado a miles de aristócratas italianos que residían o se encontraban de paso en esas ciudades. Aunque no atravesase sus estados, los duques de Saboya y de Ferrara también se trasladaron para agasajar a Felipe. Reputación, honor y negocio eran las razones que motivaban esta constelación de viajes menores que seguían la estela del *felicitísimo*.

<sup>69</sup> Sobre la estancia del elector y del cardenal de Augsburgo en el norte de Italia véanse las cartas de Annibale Litolfi (Milán, 2 y 3 de febrero de 1549). ASMa, Archivio Gonzaga, 1669.

Particularmente relevante se puede considerar la presencia de jóvenes potentados y príncipes que acompañaban al hijo de Carlos V. Los criterios que impulsaban estos viajes eran muy semejantes a los que habían determinado la realización del *felícísimo*. Los intereses políticos se enlazaban con el énfasis en la socialización cortesana. Así lo estimaba Ferrante Gonzaga cuando animó a su sobrino, el duque de Mantua Francesco II, a que se acercase a Génova para frecuentar la corte del príncipe. Francesco Gonzaga apenas contaba con quince años y durante su menor edad las riendas del gobierno estaban confiadas a una prolongada regencia. A principios de noviembre de 1548 Ferrante se lamentó ante el embajador mantuano de que el duque desperdiciase la ocasión de la inminente llegada de Felipe a Génova para unirse a su comitiva, «dolendosi di non haverla qui seco in compagnia di tanti signori e gentilhuomini honorati italiani e spagnoli che vi sono: dalli quali v. ecc.<sup>a</sup> non potrebbe imparare senon virtuosi costumi, e creanza da poter comparer arditamente innanzi al Principe et a tutto il mondo per farsi honor, et aspirare a grandezze ancor maggiori di quelle che Dio le ha date: io le ho risposto che v. ecc.<sup>a</sup> è desiderosissima di trovarsi in simili luoghi, e più appresso di sua ecc.<sup>a</sup> che altrove sapendo quanto cordialmente lo ama e desidera l'honor suo. Mi ha dappoi interrogato minutamente come v. ecc.<sup>a</sup> dispensa il tempo et in che sorte di exercitio; et io le ho dato speranza chell'habbi da trovarla migliorata tanto nella buona creanza et nello intertener et accarezzare gentilhomini che s'ella non m'aita a farmi parer veridico e non mentiroso e di poco giudicio: io perderò tutto quel poco credito che ho havuto sin qui con s. ecc.<sup>a</sup>»<sup>70</sup>. Con pleno conocimiento de la materia podía Ferrante Gonzaga glosar las ventajas de educarse en la corte de emperadores y reyes, ya que en 1523 el segundón de la casa Gonzaga con dieciseis años se había trasladado a la corte imperial en España a fin de completar su formación caballeresca y medrar a la sombra del por entonces joven Carlos. Desde entonces Ferrante estaba habituado a frecuentar la compañía de la alta nobleza italiana y española. El gobernador del Estado de Milán recomendaba al duque de Mantua que por unas semanas abandonase la esfera de protección de su madre la duquesa Margherita Paleologo y del cardenal Gonzaga, y mejorase sus buenas maneras en la cercanía del príncipe Felipe. Ferrante supo resumir el ideal de la educación de un joven magnate en la corte de un monarca poderoso con cuatro conceptos claves en la vida áulica: virtud, crianza, honor y grandeza. El viaje de Felipe por el norte de Italia era una oportunidad para que el duque de Mantua, como otros jóvenes príncipes, pudiese ampliar sus miras y familiarizarse con el entorno del que estaba destinado a heredar de Carlos V sus vastas posesiones en el orbe. Además, Ferrante se hacía eco del descontento y la inquietud de la nobleza mantuana ante las carencias en la formación del joven duque, y su retraso en manejar con soltura el lenguaje de la corte. Estos defectos salieron a la luz pública a causa del *felícísimo*.

El debate sobre la conveniencia de que el joven duque de Mantua acompañase al príncipe en su viaje se entrecruzó con los rumores sobre la posible boda del duque, mostrándose la regencia favorable a que la elección recayese sobre una de las hijas del rey de Romanos. A principios de noviembre de 1548, en una carta de Fer-

<sup>70</sup> Ludovico Strozzi al duque de Mantua (Alessandria, 9 de noviembre de 1548). ASMa, Archivio Gonzaga, 1668.

nando de Austria escrita en español y dirigida al conde Sigismondo de Lodrone, su embajador ante Felipe y la duquesa de Mantua, el rey se declaró partidario de retrasar la negociación de los esponsales, y que «sería muy buen medio que el duque fuese con el serenísimo príncipe nuestro sobrino a Flandes, lo qual sería muy provechoso al dicho duque para veer y conocer las personas y costumbres, y saber tratar con todos, pues hasta agora no ha salido de allí»<sup>71</sup>. De este modo, Fernando de Austria se mostraba a favor de que Francesco II de Mantua siguiese el mismo viaje de iniciación a la cultura cortesana europea que el emperador había decidido que siguiese su hijo. En 1517, de forma abrupta Fernando de Austria se vio obligado a abandonar su cascarón castellano y a emprender un viaje rumbo a los Países Bajos que fue el inicio de un largo periodo de aprendizaje del arte de la supervivencia que culminó cuando se le confiaron los ducados austriacos y tuvo que negociar para ser elegido rey de Bohemia y Hungría. En todo caso, el *felicitísimo* no sólo había provocado que Maximiliano recorriese un itinerario inverso hacia Castilla, la tierra natal de su padre, sino que se presentaba como modelo de formación política a otros príncipes italianos como el duque de Mantua. La insistencia en el conocimiento personal por parte de los príncipes de aquellas personas que desempeñarían un papel relevante en el escenario de las cortes europeas se reflejó incluso en las mismas cartas de Felipe en las que animaba a los magnates italianos a que se acercasen a su corte. A mediados de 1551, cuando el príncipe atravesó fugazmente el norte de Italia camino de España, escribió una carta al cardenal Medici en la que le expresaba su deseo de entrevistarse con él, puesto que «yo holgara mucho de veros y conosçeros»<sup>72</sup>. *Ver y conocer* eran los pilares de un estilo de gobierno característico de Carlos V y vinculado a la existencia de una corte itinerante que recorrió varias veces casi todos los principales reinos de la Cristiandad occidental. A partir de 1559 Felipe, señor de una monarquía más delimitada, renunció a salir de los reinos ibéricos incluso en ocasiones de máxima urgencia, debiendo trasladarse a Madrid y a El Escorial quienes desearan ver y conocer al rey.

Muchos fueron los príncipes que acudieron a conocer en persona a Felipe durante su viaje por el norte de Italia. Durante los días que agasajaron al hijo del emperador algunos de estos príncipes dejaron una óptima impresión ante las cortes europeas, a pesar de su temprana edad. Durante la estancia de Génova, el embajador Strozzi se deshizo en elogios de la conducta del príncipe de Pisa, Francesco de Medici. En sus infantiles hombros había recaído la responsabilidad de representar a su padre el duque de Florencia Cosimo de Medici, quien en el último momento decidió no embarcar en las galeras que partían rumbo a Génova, en parte por indicaciones de Diego Hurtado de Mendoza ante la inestable situación existente en Siena. Pensando en lo que podía ocurrir en el mejor de los casos con el duque de Mantua, Strozzi informó que el príncipe de Pisa «ne l'età che si trova di nove anni lassa in questa corte bonissimo no-

<sup>71</sup> Fernando de Austria al conde de Lodrone (6 de noviembre de 1548). Copia de la carta original, que el embajador conde de Lodrone envió a la duquesa de Mantua desde Génova, el 1 de diciembre de 1548. ASMa, Archivio Gonzaga, 1668.

<sup>72</sup> AGS, E, leg. 1198, n.º 192.

me, che non potrebbe creder v. ecc.<sup>73</sup> quanto ingegno, e buona crianza mostra con tutti; e più senno assai, che non si conviene alla tenerezza de gli anni»<sup>73</sup>. A los nueve años Francesco de Medici adquirió reputación en Italia durante su breve comparación ante la comitiva de Felipe, antes de eclipsar de nuevo su figura al regresar a la corte de Cosimo y Leonor de Toledo. Restaban cinco lustros para que Francesco se convirtiese en gran duque de Toscana, pero los príncipes de Asturias y de Pisa ya habían tenido ocasión de verse y conocerse. Este proceso no se limitó a las grandes dinastías de Italia, sino que se extendió a los linajes más destacados del mundo nobiliario italiano que ofrecieron a Felipe algunos de los generales y virreyes que comandaron sus ejércitos y gobernaron sus reinos durante medio siglo. Desde Génova el embajador mantuano ensalzó la óptima reputación que había adquirido Vespasiano Gonzaga en la corte del príncipe y del afecto que le profesaba Felipe, así como el buen talante del «sr. Marc'Antonio Colonna figlio secondo del sr. Ascanio; che ha da seguire la corte di sua Altezza; et é un giovane della età di v. s. Illma. il quale é di così bella crianza, e sa così bene honorar e far carezze a gentilhomini, che si ha fatti schiavi tutti quelli che lo hanno praticato»<sup>74</sup>. Ludovico Strozzi se servía de los ejemplos de Francesco de Medici y de Marc'Antonio Colonna para excitar la emulación del joven duque de Mantua y animarlo a completar su formación como príncipe y como cortesano. De cualquier modo, parece conveniente destacar la presencia en el séquito de Felipe de tres aristócratas italianos, el marqués de Pescara, Vespasiano Gonzaga y Marc'Antonio Colonna, que junto al duque de Terranova y a Alessandro Farnese no sólo obtuvieron los máximos puestos en el gobierno de los reinos y señoríos europeos de la corona y en la dirección de los ejércitos, sino que al mismo tiempo fueron grandes mecenas de las artes y aseguraron la circulación dentro de la monarquía de Felipe II tanto de los gustos artísticos y literarios como de la ingeniería militar y el arte de fortificar de impronta italiana.

El traslado de los potentados desde sus estados a la corte de Felipe originaba unas negociaciones previas en las que se intentaba dilucidar el espacio mínimo que debían garantizar los aposentadores para el acomodo del príncipe italiano, así como la cuestión del tratamiento ceremonial que se le dispensaría en el entorno del hijo del emperador. La exposición de un caso concreto permite plantear las circunstancias que rodeaban las constantes visitas de potentados a la corte de Felipe. El 19 de diciembre de 1548 el embajador Strozzi recibió un correo expreso en el que se le informaba que el duque Francesco II de Mantua viajaría a Milán para agasajar al príncipe y

<sup>73</sup> Carta de Ludovico Strozzi (Génova, 6 de diciembre de 1548). ASMa, Archivio Gonzaga, 1668.

<sup>74</sup> Ludovico Strozzi al duque de Mantua (Génova, 17 de noviembre de 1548). ASMa, Archivio Gonzaga, 1668. En carta escrita desde Génova el 26 de noviembre, Strozzi informó que «Il sr. Vespasiano Gonzaga si é partito per andar al stato suo é verrà a basciar le mani di v. ecc.<sup>a</sup> la quale lo vedrà cresciuto di corpo e di virtù, amato per quanto intendo dal Principe e da tutta la corte per i costumi e gentilezza della buona crianza sua». La centralidad de la *buona crianza* en la elaboración del arquetipo del cortesano se configuró en España e Italia durante la Baja Edad Media, aunque culminase a mediados del siglo XVI cuando Giovanni della Casa redactó su *Galateo ovvero de' costumi*. Conviene tener presente que la aparición del término *crianza* en la obra de Baldassare Castiglione se consideró una influencia del castellano. Sobre la crianza y la tradición del galateo véase I. BOTTERI, *Galateo e Galatei. La creanza e l'istituzione della società nella trattatistica italiana tra antico regime e stato liberale*, Roma, 1999.

participar en las celebraciones del desposorio entre Ippolita Gonzaga y Fabrizio Colonna. Así, la duquesa Margherita Paleologo y el cardenal Gonzaga acabaron accediendo a los consejos de Ferrante. Los agentes de los duques de Mantua en el Estado de Milán comenzaron sus gestiones para preparar la llegada de su señor. Annibale Litolfi, representante diplomático de Mantua ante el gobernador, indicó que el conde Francesco della Somaglia había ofrecido su palacio como residencia del duque en Milán. Sin embargo, Ferrante e Isabella di Capua expresaron su preferencia por que el joven duque se alojase en el palacio donde ellos se encontraban, con el fin de favorecer la intimidad entre tío y sobrino. Milán estaba ocupado por miles de forasteros y apenas se podía encontrar un edificio decoroso donde residir y algún establo amplio para las cabalgaduras. Los embajadores de Mantua debían conseguir un espacio mínimo para el funcionamiento de la corte soberana del duque Francesco II. El gobernador y su esposa ofrecieron las dimensiones básicas de una estructura áulica: «una sala, una Camera, un Camerino, et un luogo da dirvi Messa»<sup>75</sup>. Sala de visitas que hiciera el cometido de antecámara, cámara y lugar de audiencias, aposento ducal y capilla eran los elementos básicos para superar con decoro los días de residencia en Milán. Tras la llegada del duque, Ferrante se preocupó de que no sufriese estrecheces de alojamiento en su palacio. Otro aspecto crucial era el aparato con el que los potentados acudieron a saludar a Felipe, como expresión de su rango y poderío. Los duques de Saboya y de Ferrara fueron acompañados por un lujoso séquito acorde con la excelencia de los Saboya y de los Este. En cambio, Ferrante recomendó que el duque de Mantua se trasladase a Milán «senza molta pompa», seguido de veinticinco caballos y por el itinerario de la posta, con el fin pretextado de ahorrar gastos. El gobernador impuso que no se realizase una entrada solemne del duque en la metrópoli. El reducido nivel ceremonial de la compañía y del ingreso del duque de Mantua en Milán podía obedecer a diversos motivos, como que la estancia de Francesco II apenas duraría unos días hasta que Felipe partiese hacia Mantua donde los Gonzaga podrían exhibir su magnificencia. Incluso el gobernador se vio forzado a ampliar las dimensiones de la casa que traería el duque de Mantua a Milán. Al consultar la lista de los criados que acompañarían a Francesco II, Ferrante recomendó que se aumentase el «numero delli staffieri, parendoli che 4 siano troppo pochi, massimamente nella corte de spagnoli che quasi non premeno in altro»<sup>76</sup>. La proporción de los distintos departamentos de la casa del duque de Mantua se alteraba al presentarse ante el príncipe Felipe en función del estilo imperante en la comitiva española.

Las relaciones publicadas sobre la estancia de Felipe en Italia encubren algunos aspectos conflictivos, desde la pugna de los aposentadores de la casa del príncipe con las autoridades locales hasta la insatisfacción de Felipe por el tratamiento ceremonial que el emperador había dispuesto para su ingreso en Milán. El gobernador Ferrante Gonzaga medió para que Felipe entrase en Mantua con todos los honores, incluido el baldaquino. Durante el *felicitissimo* confluyó un triple proceso, crucial en

<sup>75</sup> Carta de Annibale Litolfi (Milán, 19 de diciembre de 1548). ASMa, Archivio Gonzaga, 1668.

<sup>76</sup> Carta de Ludovico Strozzi (Milán, 23 de diciembre de 1548). ASMa, Archivio Gonzaga, 1668.

la vida de Felipe. Por un lado, aprendió a adaptar su comportamiento a una representación versátil de la majestad. Por otro, durante el periplo se comenzaron a configurar los grupos de poder que gobernarían la monarquía durante décadas. Por último, Felipe educó su gusto artístico dentro de una imagen manierista de la figura del príncipe.